

# ANALES DEL ATENEO

DEL URUGUAY

---

---

AÑO III — TOMO VI

MONTEVIDEO, ABRIL 5 DE 1884

NÚMERO 32

---

---

## Divagaciones con motivo de un viage

POR DON JOSÉ SIENRA CARRANZA

(Continuacion)

Señor doctor don Luis Melian Lafinur.

### XVIII

La prosperidad de Mercedes no es una improvisacion, ni una sorpresa.

Veinte y cinco ó treinta años hace que corre el anuncio de una segunda Montevideo en formacion sobre la márgen del Rio Negro.

Está auxiliada con las mejores circunstancias de la naturaleza, no obstante las depresiones del terreno en que se encuentran su planta primitiva y el centro actual de su poblacion.

Los nuevos barrios crecen avanzando sobre elevaciones del suelo que concluyen por desenvolverse en las colinas de los alrededores, desde las cuales se aprecian con una sola mirada la importancia de la ciudad y su belleza y la de los panoramas que la rodean, las cuchillas pintorescas del Departamento del Rio Negro, la faja de plata del mismo rio ondulando entre sus bordes de frondoso bosque, y ofreciendo su ancho cauce á las exigencias mercantiles, sirviendo al incremento y al desarrollo del comercio alimentado por la rica y estensa campaña que se dilata hácia el Sud, hácia el oriente y el ocaso, con los terrenos más fértiles y mejor aprovechados para la ganadería en la República.

### XIX

Con sus ocho ó nueve mil habitantes, Mercedes es un centro de

cultura notablemente adelantado, que presenta establecimientos comparables con los de la calle del 25 de Mayo de Montevideo, estando su plaza principal diseñada y arreglada tal vez más artísticamente que la de la Constitución, siendo curioso que su ornato, inclusa la pirámide central que conmemora fechas clásicas, locales y nacionales, se deba á la acción administrativa de aquel toscó y terrible caudillo que se hizo célebre con sus revueltas de chuzas, y que tuvo el honor de caer aturdida y desastrosamente en su loco embato contra el militarismo prepotente. Queda así su recuerdo monumentalmente incorporado á la tierra que oprimió con su dominación, y que probablemente amó con el ardor de su naturaleza indómita y agreste.

No me sería lleito detenorme en particularidades del resorte de una «Gufa del viajero», y temo que en tal importunidad incurriría hablando de los hoteles que por sus condiciones de arquitectura, de alojamiento y de trato, superan á todo lo que podría esperarse en pueblos reducidos y embrionarios, dando en la capital de un Departamento cuanto en su género ofrece la capital de la República.

## XX

Prefero dedicar algunas palabras á lo que en mi concepto constituye la más elovada manifestación del adelanto de Mercedes.

Es su centro social, el «Club del Progreso», cuyo nombre responde á su significación perfectamente.

No intentaré comparaciones imposibles; pero el modesto ó interesante club de Mercedes que, es Club y que es Ateneo, vive en la casa propia erijida conforme á su objeto y sus medios, que no han podido adquirir hasta hoy ni el Club ni el Ateneo que en la capital se decoran con el mismo nombre del Uruguay que designa á la República, teniendo, como su denominación lo indica, la representación más alta de la civilidad y la inteligencia nacionales.

El edificio es elegante y cómodo en su fachada y en su interior;—están allí, respondiendo á su doble objeto, la biblioteca y la sala de lectura con su incipiente museo.—Como en el Club Uruguay, se abren sus salones á los gozos y al solaz de la vida civilizada en animados bailes ó tertulias;—como en el Ateneo, se alza en el salón la tribuna de las conferencias que promueven el desarrollo de las ideas en un pueblo anheloso de progreso.

Allí he pasado una noche de grato recuerdo, en una *soirée* relativamente brillante, apesar de la inasistencia de algunas familias principales enlutadas, ó amistosamente asociadas al duelo, por recientes desgracias.

He encontrado allí señoritas preparadas para la más culta sociedad; y caballeros adornados de tal galantería, que no puedo temer sus agravios en caso de que llegue á su noticia mi imparcial disposición de colocar exclusivamente á los piés del bello sexo el canastillo de mis elogios.

Tienen fama por su belleza las mujeres de Mercedes, y no necesito decir que la justifican en su conjunto las reuniones del «Club Progreso».—He de agregar que son notables sus dotes de educada urbanidad y de esquisita discreción.—No he descubierto siquiera aquellas leves ó cáusticas malignidades que—especialmente cuando se trata del juicio de las personas de su sexo—suelen brotar de los lábios femeninos.

Una pensadora, una literata, una filósofa, es una entidad remarkable en el país de doña Petrona Rosende.—¿Debe aprontarse el oído para percibir el euechieo de las damas de Mercedes ocupadas de la personalidad de una oradora, propagandista de la emancipación y de los derechos de la mujer?

Está entre ellas, asistiendo al baile en que yo me hallaba; y no he escuchado sino opiniones moderadas ó benévolas á su respecto.—Se diría que el bello sexo de Mercedes no se alarma porque en su seno aparezca y se denuncie con aspiraciones y con impulsos singulares un ejemplar espectacular del bello sexo Oriental.

## XXI

Es una niña que se llama Rita Diaz Ferreira de diez y ocho ó veinte años, de clara inteligencia, de corazón entusiasta, y de imaginación activa y soñadora.—No me es posible decir que la preparación de su mente esté al nivel de su resolución para adoptar las síntesis científicas,—que su labor de estudio y de meditación corresponda á la seguridad con que emito sus juicios sobre los áridos problemas que la apasionan.

Su preocupación dominante es el mejoramiento de la mujer por la instrucción más adelantada, igual á la del hombre en todo punto,—su adaptación para todas las carreras industriales ó científicas—y la nivelación de los sexos en los derechos civiles y políticos.

Ha escrito y ha hablado; ha publicado sus ideas por la prensa y mantenídlas ante numeroso auditorio en la tribuna del Club.

Hicó aquí el título de su primera conferencia: « LA EDUCACION DE LA MUJER Y EL USO DE LOS DERECHOS QUE LE ASISTEN COMO INDIVIDUO. »

Un trabajo leído en la velada dedicada al señor Sarmiento en el *Bragado*, el 21 de Mayo de 1883, tiene por epígrafe: NECESIDAD DE LA EMANCIPACION DE LA MUJER.

La forma literaria y el encadenamiento de las ideas sorprenden por su mérito en señorita de tan temprana edad, formada en un centro de escaso movimiento intelectual; — y se comprende que la mujer que siente en sí misma estas fuerzas, se decida á pugnar en pro de las aspiraciones del sexo cuyo tipo creo personificar.

La temperatura del discurso es generalmente suave, no obstante el ardor del sentimiento que lo anima; tomando las exageraciones mismas que son inevitables en todo espíritu de innovacion, el tono dulce y delicado de la naturaleza femenina que las produce.

Es, en su concepto, deficiente la educacion actual de la mujer, á pesar de los adelantos que se han introducido; — « recién son las « primeras nociones las que se le enseñan ». Pido por eso « la « educacion de la mujer, infundiendo en ella la ilustracion, como « la virtud más poderosa que los infortunios que la esperan, y más « dulce y halagadora que las seducciones que la amenazan ».

## XXII

El cuadro presente de los derechos civiles no la satisface; — la mujer no puede educar cumplidamente á sus hijos « estando coar- « tada por el hombre en la mayor parte de sus derechos; — se ha- « restringida por la ley que los hombres han creado, no pu- « diendo defenderse cuando se le ataca, porque es el marido ó el « tutor el que toma la defensa, y así como en este caso se le prohi- « ben muchos otros actos civiles concedidos al hombre . . . »

En las artes, en las ciencias y en las industrias no figura la mu- « jor sinó como escepcion. « ¿ Quién negará que la mujer puede des- « empeñar, con iguales conocimientos que el hombre, todos aquellos « ejercicios que la condicion de su sexo le permite ?

« ¿ Por qué no compartís con ella todas aquellas profesiones adaptables á su sexo ? . . . »

« ¿ No veis que como principio de la misma justicia ó igualdad

« que proclamais, deberíais conceder á la mujer iguales derechos, « pues de esa manera sería más llevadera su condicion ?

« Mucho peor es », según sus palabras, lo que sucede con los « derechos políticos que se han negado totalmente á la mujer.

La expresion se hace nerviosa en este punto, llegando las refle- « xiones á convertirse en agresivo reprocho: « Ah! respecto á los « derechos en todo se demuestra que el hombre es el verdugo de « la mujer ».

El hombre lo llena todo en la esfera de los puestos públicos. . . salvo una escepcion en pró de las mujeres: « pueden ser maestras de escuela ! »

« ¿ Y no creéis que la mujer ilustrada pueda desempeñar la ma- « yor parte de los cargos públicos que desempeña el hombre ?

« El cargo de jurados, por ejemplo, ha debido ser servido por « mitad entre ambos sexos.

« ¡ Pobre condicion á la que aun se halla reducida la mujer en « la sociedad. »

« Pero vosotros creéis que estais en el siglo de la luz y de todo « progreso, y debéis empezar entónces por restituirle los derechos « que nunca habeis tenido autorizacion para quitarle. »

La conclusion de la primera conferencia es una síntesis termi- « nante del programa.

Reproduzco sus párrafos textuales:

« ¡ Ojalá que la idea de proclamar la libertad de derechos en « favor de la mujer, iniciada en los Estados- Unidos se haga efectiva « en toda la América, única tierra de libertad !

« Es la bandera que levanto, es lo que precisa la sociedad actual, « señores, — libertad á ambos sexos en el orden, igualdad en los « derechos según las aptitudes de cada uno, y fraternidad entre « todos, por ser todos del mismo origen. »

Tal fué el primer ensayo público de la propaganda, emprendida por el entusiasmo de una niña de quince ó diez y seis años, — por que esa disertacion es de Noviembre de 1880.

## XXIII

Una pequeña espera impuesta al ejercicio de esas facultades precozmente desarrolladas, habría dado tiempo para que por ellas mismas se rectificasen algunos conceptos formados precipitadamente y *a priori* acerca del estado real de las relaciones de los sexos en la familia y en la sociedad,— y, probablemente, incluido para evitar al discurso los alardes de controversia y de litigio, que habrían sido ventajosamente sustituidos por argumentaciones lógicas, por la demostración de las verdades que se derivan de los datos de la cuestión tal como la razón y los hechos la presentan.

No hay en la actualidad un problema de la emancipación de la mujer, á resolverse en pugna con la prepotencia del hombre. El hombre verdugo de la mujer, cuyo fantasma ha creído entrever la señorita Díaz Ferrelra en el vestíbulo de su existencia, es un personaje ficticio cuya sombra no se encuentra en el escenario de la vida moderna.

Un exámen ménos sobresaltado de las realidades del mundo le habría mostrado la verdadera cuestión, que se reduce á términos sencillos en su exposición, aunque gravemente áridos en las soluciones que solicitan. Se trata, no del hombre, sino de la humanidad atemorizada ante las consecuencias de un error acerca de la posición de su más preciosa mitad en el complicado mecanismo y en el turbulento remolino de la sociedad, con sus horas de luz y sus tinieblas, con sus anchas y floridas sendas y sus oscuros y profundos antros, con sus estímulos enaltecedores y sus seducciones y sus vértigos de perdición y de muerte.

No hay regla ni teoría para las deformidades. Pero en la ley no existe el antagonismo de los sexos, creados para la armonía. ¿De qué mujer sería verdugo el hombre? ¿De la madre que lo ha llevado en su seno, — de la hermana cuya cuna se ha mecido bajo el mismo techo que la suya — de aquella que ha hecho palpitar su corazón con los impulsos del amor, y que él mismo en su imaginación ha vestido con las galas del ángel, ó tomádola cubierta de azahares para que perfume su existencia y comparta las glorias y los vaivenes de su destino, — ó acaso de la que nace en su hogar portadora de la felicidad en amores conjugales bendecidos por el cielo?

Son estas las mujeres de la tierra.

No es el hombre, es la humanidad, quien se afana pidiendo al espectáculo de las cosas y á la experiencia de los hechos el acierto para la realización del ideal.

La situación actual de la mujer en los pueblos cristianos no debe sus restricciones á la tiranía del hombre, sino al propósito de garantirla contra la opresión y el dolo, en su virtud y en sus intereses.

No hay contra la una mayores barreras que contra el otro, en el arte, en la industria, en el comercio.

¿La hay en la ciencia?

No está en la ley, sino en los hábitos. La universidad no negaría, no ha negado, sus matrículas ni sus diplomas, á ninguna vocación ni á ninguna suficiencia de mujer.

En el matrimonio el hombre restringe su libertad, — la mujer somete la suya. Hay que descubrir el medio de constituir *communio* en la asociación de los sexos. — Renunciando á esto, es necesario clasificar los actos múltiples de la vida ordinaria del hogar, para determinar con reglas fijas dónde cesa la autoridad marital, dónde debe subordinarse el marido á la mujer en conflicto de voluntades, y cómo sin romper la comunidad y la armonía de las existencias, cabe la decisión del *jure mixto*, con exclusión del extremo del divorcio que restablece en el derecho actual la igualdad de los cónyuges como personas jurídicas para la acusación ó la defensa.

Son problemas erizados de dificultades, que pueden fatigar á la humanidad por largos siglos.

## XXIV

Las funciones públicas, los derechos políticos como accesorios ó atributos del derecho humano sin distinción de sexo, he ahí otras graves cuestiones.

Pero la señorita Díaz Ferrelra tiene el sentido exquisito de las diferencias, y habla de esto sólo en cuanto sea adaptable á las condiciones personales.

Esto es, efectivamente, lo importante. — El egoísmo del hombre que debe ser vencido *á fin de que devuelva á la mujer los derechos que jamás tuvo autorización para arrebatársela*, es un concepto puramente facticio que debe eliminarse como ajeno á los cálculos del legislador y á la causa persistente del papel de la mujer en los Estados modernos.

No se trata de una cruzada contra la usurpacion, sinó de una propaganda iluminadora, — que señale el error, y su origen, — que lo evidencie, — que demuestro las modificaciones producidas por el tiempo y la necesidad de consultarlas, para poner á su nivel el derecho de las personalidades que les es correlativo, — que finalmente, penetre en los espíritus con el poder de la persuasion que arrastra á la accion y convierte la idea en realidad y en ley la teoría.

Estas son las dificultades; — y la señorita Diaz Ferroyra con su clarísimo talento no ha podido indudablemente dejar de apercibirse de que, en cuanto á las resistencias de opinion, no será la más temible la que se apoyo en la índole avasalladora del hombre, sinó la que se inspire en las timideces y en los recelos del sentimiento delicado de la mujer misma, indecisa ante los peligros y responsabilidades de su suerte en la vida de la libertad y en las agitaciones de la política militante.

El trabajo leído en la velada dedicada á Sarmiento en 1883, revela, con mayor madurez de pensamiento, el influjo de esta reflexion en el ánimo de la inteligente propagandista.

Resalta en esa disertacion la inquietud de espíritu y el afan febril con que se trata de exitar las elevadas tendencias de los hombres que por su talento y por sus servicios á la causa del progreso tienen mayor voto sobre la opinion, y mayor influjo sobre las reformas sociales.

Los años han corregido algunas imperfecciones, — el fondo es más meditado, la argumentacion más firme y convincente, el estilo más fluido y vigoroso.

## XXV

Tiene la señorita Diaz Ferreira dotes poco comunes en su edad y en su sexo.

Ha debutado con una cuestion gravísima y trascendental, que no perderá jamás su actualidad, aunque haya dejado de estar á la órden del día, teniendo aún agitadoras en los Estados-Unidos y en Francia, y adictas en Inglaterra y en Rusia, — y contando con grandes pensadores del siglo en Europa y en América.

No habría por qué aconsejarle que renunciase á ella, pero su talento puede tambien tomar otros vuelos, otras direcciones, otros objetivos, en la literatura y en la ciencia; y será siempre justo que el estímulo del aplauso aliente los esfuerzos de su bella inteligencia

y de su carácter perseverante y original entre el bello sexo uruguayo.

Ya que he sido impulsado á escribir estas líneas para la publicidad, dejo con ellas cumplido un grato compromiso que en mi paso por Mercedes contraí con nuestra interesante y aventajada compatriota, complaciéndome en augurar á sus ricas facultades un porvenir brillante, que será honroso para las letras de su país.

## XXVI

Desempeñado así con la literata, que no debo continuar imponiéndome de mis *divagaciones*, — para usted, mi querido Melian, y para los otros lectores habituales de los ANALES, á quienes ha querido usted hacer confidentes de esta carta, he de agregar una ampliacion á mis noticias.

Es necesario imaginar el suceso de una de las principales señoritas de la capital, de pié, en la tribuna del Ateneo, disertando . . . sobre lo que se quiera.

¡Qué afluencia, qué interés, qué curiosidad, qué emociones de auditorio!

Esta es la escena del club de Mercedes.

La señorita Diaz Ferreira ha subido á la tribuna, ha hecho vagar su mirada sobre la compacta concurrencia, ha vencido sus naturales timideces, ha dominado las palpitations de su corazon conmovido, y ha hecho resonar su voz clara y su palabra simpática, pronunciando el discurso sin una vacilacion que lo debilito.

¿Es verdaderamente su obra? Es la expresion de su pensamiento, el resultado de sus reflexiones personales?

Surge la duda, y se requiere la prueba.

Acude á la tribuna un contradictor, y otro más. Las impugnaciones están formuladas.

La oradora recupera su puesto; y su réplica abundante es más vigorosa aún que su primer discurso.

El éxito se comprende; y se esplica la benévola consideracion con que *aun las mujeres* se espresan á su respecto. De ellas tengo estos datos.

## XXVII

Una propagandista de los derechos de la mujer sujiero inevitable-

monto el recuerdo de Mlle. Luisa Michel, en todo francés de espíritu moderado.

Tuve en mis viages de diligencia y de ferro-carril la agradable compañía de un jóven y distinguido ingeniero parisiense, de la Escuela Politécnica, á quien refería algunas de mis impresiones acerca de la señorita Diaz Ferroira, deteniéndome un instante en la influencia que la actividad de su pensamiento y la prematura seriedad de sus preocupaciones sociológicas debían ejercer en la vida de su corazón, olvidada por ella misma, según sus propias confidencias, en la edad de las tiernas emociones, bajo cuyo dominio busca ó espera el alma de la mujer la otra alma destinada á completarla. Esa tranquila indiferencia con que se sacrifica la ambición de los grandes afectos para entregar todo el espíritu á los intereses científicos ó filosóficos, gastando la savia de la vida en estudios especulativos ó en debates de problemas sociales de lejana solución, me parecía en una mujer jóven un fenómeno admirable que debía excitar en su favor una piadosa simpatía. El matrimonio no es para ella una esperanza, ó por lo ménos se halla relegado á segundo plano en sus aspiraciones.

— *Ah! ça!* — me respondió mi espiritual interlocutor — *mais je connais le genre; sans doute elle doit étre laide.*

Grave error, — no hay en todo esto sinó una naturaleza moral *d'élite*, una inteligencia de escepcion, una pasión de bien y de justicia, tal vez de renombre y de gloria, tal vez aquella llama del genio que se ignora á sí mismo que consume ciertas existencias delicadas, y cuyos relámpagos me pareco haber entrevisto por instantes en la lánguida mirada de los negros ojos que embellecen el correcto y suave tipo oriental de nuestra romántica compatriota.

## XXVIII

Llegó en los días en que me encontraba en Mercedes, la noticia del trágico fin del comandante Flamand.

Fué allí á ligarse con otra lúgubre historia que habia contribuido al aire de melancolía que dominaba en aquella sociedad, — con el asesinato de un jóven Cicao, hombre de vida galante que, por calaverada amorosa más ó ménos grave, habia sido administrativamente sometido al servicio de la tropa de línea que detestaba, á cuya esclavitud quiso escapar huyendo un día, — y que, dos días despues, fué encontrado degollado en un camino de las afueras de la ciudad á seis cuabras de la plaza central.

Son capítulos de crónica nacional que un viajero impresionable no dejará de contar jamás entre sus *impresiones de viaje*.

Además de estos recuerdos, tengo otras razones para apresurarme á salir de Mercedes con las *divagaciones* que pueden ya parecer interminables al más benévolo lector. — Si así no fuese, trazaria aún algunos párrafos que no todos serían halagüeños para el elemento culto de aquella simpática ciudad, en cuyo seno se producen escisiones marcadas por el alejamiento de personas y familias distinguidas que han abandonado el « Club Progreso » con indudable perjuicio para su brillo y prosperidad. — No dejaría, sobre todo, de dedicar cuatro palabras á la inteligente laboriosidad de un apreciable módico, avecindado de antigua data, el doctor Rivas, que probablemente concluirá por ser especialmente útil al Ateneo, enviando al señor Arechavaleta una importante colección de insectos, formada con paciente dedicación y que será doblemente interesante para el estudio de la historia natural del país, una vez clasificada y arreglada científicamente por nuestro sabio amigo.

Pero, lo sabe Vd., mi querido Melian, no entra en mis cálculos el eternizar un escrito que, ya que por su benévolo capricho se impono como material de los ANALES, debería robar el menor número de páginas á otras amenas ó instructivas producciones.

## XXIX

Es hermoso el río Uruguay, con su ancho cauce y sus pintorcas riberas, sombreadas por la frondosidad del bosque primitivo, ó accidentadas por las barrancas, ora cortadas á pico, ora violentamente abruptas y caprichosamente tronchadas con formas arquitectónicas, de ruinas ciclópeas, ó de fantásticos y vetustos castillos góticos, — con sus verdes islas perfumadas de lianas y pobladas de rumores misteriosos, — con sus flotantes camalotos, viajeros melancólicos con planta de barro deleznable y la frente coronada de lozanas hojas y vistosas flores, arrancados por la corriente en la orilla ignorada, vogando á la ventura, que los llevará á desaparecer en los abismos del Plata ó del Atlántico, como marchan las vidas humanas á su término impelidas por la corriente del destino hasta desvanecerse en el oceano de la nada ó en la inmensa vorágine de la vida universal.

Es en la naturaleza un río americano, como el Paraná, como el Paraguay, como el Amazonas, con las diferencias de sus grados

geográficos de latitud que influyen sobre la mayor ó menor pompa de la vegetación que cubre sus márgenes, pero que todavía á tres siglos del descubrimiento hablan al espíritu con la voz de la *alma mater*, del alma vírgen de la naturaleza exuberante de color y de vida, de luz y magestad.

¿Es bello?

Queda oscurecida su hermosura por el significado primordial de su valor como camino abierto al enlace y al intercambio de los intereses mercantiles en las zonas que atraviesa y fecundiza en su curso.

Parace dispuesto para recibir en su seno los productos de numerosos pueblos tributarios, que esperan por él mismo los retornos devueltos por el mundo entero.

Se comprende la consagración, la deificación de un río, cuando en medio del Uruguay se medita sobre las bendiciones de prosperidad y de riqueza con que protege á la humanidad aquel grandioso canal de los frutos del trabajo en tan amplios territorios, y las angustias y aflicciones en que se debaten las nacionalidades mediterráneas rebosando de fecundidad y desfalleciendo en la voluptuosa miseria de Bolivia.

Esas navos que bajan la corriente desde los muelles de las ciudades ó de los grandes saladeros de la costa, repletas sus bodegas con las materias animales que van á abastecer á los moreados consumidores del Brasil y de Cuba y de la Europa, y á alimentar las industrias de los poderosos centros fabriles de Francia y de Bélgica y de Inglaterra, — esas navos que remontan el curso del río con todos los artículos de los diversos climas del globo y con todos los artefactos de la maquinaria, y con toda la maquinaria inventada por el genio de la civilización, — son los vehículos de la prosperidad y del engrandecimiento que circulan por la ancha arteria, sirviendo al todo, por maravillosa combinación de las leyes y de los bienes de la naturaleza, al supremo fenómeno de la transformación que convierte en piezas de oro las grammas de las campiñas tocadas por la mano de Midas del trabajo y de la inteligencia humana, y anunciando las transformaciones del porvenir que dará desarrollos portentosos á las ciudades actuales y multiplicará su número en la extensión del litoral, llenando el espacio y la superficie de las aguas con el aliento de la vida y el vaivén de las escuadras del comercio.

Estas visiones, estos sueños de una ventura que pertenecerá á

generaciones venideras, — y que acaso, con una suerte ménos adversa eliminadas las fuerzas brutales que han comprimido los resortes del progreso, habríamos podido recrear considerablemente á nuestros días, — absorbieron todo mi pensamiento, en una hermosa mañana, paseándome sobre la cubierta del magnífico vapor *Cosmos*, á cuyo bordo habia subido la noche anterior en la barra de Yaguairí.

La ciudad de Paysandú, en cuyo puerto se habia detenido el paquete y desembarcado sus pasajeros durante la madrugada, quedaba á nuestra espalda.

### XXX

Un viaje por el Uruguay es defectuoso cuando no se ha visitado ninguno de esos ensangrentados hornigueros industriales á que ántes he aludido, y que se llaman la fábrica «Liebig», el saladero de Guaviyú, el de Piñeyría, Santa María, etc., y contemplado las hocotombes y el inteligente destrozo de las reses y las múltiples operaciones manuales y mecánicas que reducen á montones de materia inerte, á pilas de cueros y á cajas de conservas alimenticias los millares de cabezas de ganado que necesitan asumir esa forma para representar nuestro valor de producción en el mundo económico y mercantil.

No pasado por todo esto á la rápida marcha del vapor, y no puedo dar testimonio sobre nada.

Comprendo, querido Melian, comprendo su expresión de curiosidad, su gesto interrogador al llegar á esta altura de mis divagaciones.

¿Qué, no es en esta travesía de Paysandú al Salto que la mirada del viajero tropieza con una barranca histórica, con la confluencia de un arroyo igualmente célebre, con ruinosos edificios, restos de abandonado y antiguo campamento?

Está ahí la mesa de Artigas, está ahí el Hervidero, allá están las casas que sirvieron de alojamiento al indomable caudillo.

La Agraciada, el Rincon, el Sarandí, hé ahí lo que se acepta, lo que se glorifica, lo que se venera sin contradicción ni condiciones.

¿Querría Vd. que escribiese un capítulo de polémica en estos ligeros y fugitivos apuntes?

El Hervidero, la Purificación! — hé ahí la materia de un libro de investigaciones sobre el estado social de la Banda Oriental en los días de la revolución contra el colonnago, — sobre la magnitud

de los recelos de la restauracion española que decidieron las ejecuciones de la cabeza del Tigre, y levantaron en Buenos-Aires el patíbulo de Alzaga, — sobre las incesantes hostilidades de los Directorios de Posadas, de Alvear y de Pueyrredon, — sobre las exigencias de la defensa en todos los rumbos del interior del Virreinato, y del exterior de la frontera violada por la invasion lusitana; — cuadro de horror y de asombro, de miserias, de intereses, de pasiones, de patriotismo, de traicion, de rivalidades, de ambiciones generosas y bastardas.

No es posible revolver todo esto en cuatro renglones, ni decir lo que se piensa frente al Hervidero, sin prevenir las réplicas y justificar las propias apreciaciones.

## XXXI

Pero la mesa de Artigas es en realidad un accidente con caracteres peculiares entre las barrancas del Uruguay.

Semeja, á tres kilómetros de distancia, una elevada fortaleza con granítica muralla circular que baña su base en las aguas de la ribera y cuyo arco va disminuyendo levemente hasta su cima, desde la cual se domina el rio, hácia arriba, y hácia abajo, y en toda su anchura.

¿Qué caciques hubo en los tiempos de la conquista que colocados en aquella altura y divisando á sus piés las carabelas cristianas que remontaban la corriente, no se sintieron superiores á todo embate de enemigos que de tan bajo les traían su amenaza?

¡Que bastion tan soberbio,! ¡ que observatorio tan magnífico en aquel plano de bélicas operaciones!

Me he imaginado á Artigas en su pedestal de *Protector de los pueblos libres*, dirigiendo su mirada avasalladora ó interrogante á todos los contornos, despachando ayudantes con sus órdenes para la defensa ó el ataque contra el invasor cercano, ó repartiendo las instrucciones de su formidable influencia sobre las provincias hermanas conflagradas por el sentimiento y las aspiraciones instintivas y embrionarias de la libertad y de los fueros locales sintetizadas en el programa de la federacion que el porvenir concluiría por radicar en las formas cultas y definitivas de la constitucion argentina.

## XXXII

El Salto con los grupos de vejetacion selvática que brotan á su pié, con el arroyo que lo flanquea por el Sud y desagua al costado de su muelle, con la elevada colina que le sirve de base, y los cerros y cuchillas que lo circundan hácia el Norte, y el oriente, con la estensa perspectiva de los campos entre-rianos suavemente elevados á su frente, con su calor sofocante, y su aspecto exterior americano, y la atmósfera europea de su vida social, es una ciudad poética; — y debe parecerlo doblemente al viajero que, como yo, tiene la sorpresa de encontrar en el primer conocido del hotel, con estival indolencia sentado á la mesa bajo el dosel de inmensa parra cargada de ópimos racimos, al noble y laureado poeta del « Coliar » y de « Las Brisas Americanas », en actitud de agotar la vena de su musa pidiendo á toda la América la más leve de sus brisas que refrescase la calma chicha de aquella tarde que retenía obstinada los cálidos esluvios de un sol ecuatorial.

Era, desde luego, de buen agüero para un allegadizo de las falanjes de Apolo el inesperado encuentro de tan preclaro caudillo, — sin que á ello se oponga la consideracion de que no se tuviese en mira ningun reñido torneo, por que es notorio que el influjo del jefe sobre la moral del soldado se evidencia lo mismo en los accidentes de un achaque de nervios, que en los heroicos y supremos transportes de una carga á la bayoneta bajo el sublime calor de la batalla.

Fué, pues, importante esta primera impresion; y es gran ventaja la de que el efecto sobreviva á la causa, por que el doctor Magariños huía en la madrugada siguiente aguas abajas, rebuscando los céfiros meridionales y el abrigo del hogar contra los ardores del ambiente que le había abrumado lo mismo que en el patio del Hotel Zavala, en los baños refrigerantes de las cataratas del Salto chico y del Salto grande, — hallándome yo, al despertar, en la ausencia de guía tan conspicuo y atrayente.

No tuve, entre tanto, tiempo de exhalar el suspiro del evangelio: *væ soli!* . . ay del que está sólo! . .

## XXXIII

Sobrevino la compañía, — sin hablar de una compañía dramáti-

ca que nada tenía de intolerable, figurando en ella artistas como Reig y Carmona, con damas que han sido aplaudidas en San Felipe.

No se hallará privado de buena sociedad quien la busque en el Salto, lo que puedo decir, aunque no me tocase allí la especial ocasión de una tertulia como en Mercedes.

Sin entrar á otras casas que la del hotel, y la del Club y la del Casino, se tiene lo bastante para adivinar la cultura social de aquella ciudad; — debiendo únicamente lamentarse que sus centros no se amalgamen como en Montevideo se formó con el casino y con el club, nuestro Club Uruguay.

## XXXIV

Puedo aseverar que en mi paseo hasta el Salto, mi único paseo fué el de la visita al establecimiento del señor Harriague, á tres millas de la ciudad recorridas por el río en un vapor de seis metros de eslora.

Es un saladero, es un viñedo, es una quinta; — todo junto, todo gobernado y dirigido por una voluntad y por una inteligencia.

He presenciado allí algunas de aquellas maravillas que me fueron imposibles en los saladeros de Fray-Bentos y Paysandú.

Hé caminado en puntas de pié sobre estrechas sendas de empedrados resbalosos por la humedad de la sangre, con el suelo por todos lados cubierto de reses desolladas y descuartizadas en sus carnes palpitantes, — he sufrido la mirada última de angustia y el último doliente gemido del animal desplomado bajo la puñalada en la cerviz que lo derriba instantáneamente, — y lo he visto caer y doblar pesadamente la cabeza en sus estertores, sobre la zorra que rueda y la conduce á quince pasos hasta el punto en que un peon, bañado en sangre de otras víctimas, lo arrastra por las astas y lo tiende en el pavimento y lo desgarrá pulidamente con la afilada cuchilla; en tanto que la zorra corre rápidamente en busca de otra res, y de otra, en tarea interminable.

Ho visto los corrales y los bretes en que se aglomeran y por dónde pasan al lugar de la matanza las tropas numerosas, ajenas á la muerte que las acecha, revolviéndose entre sí con incesantes movimientos á la espera de que el pastor las devuelva á la salvaje libertad del campo en que han vivido, mujiendo, ó riñendo, ó acariciándose con impulsos lujuriosos.

Y todos los detalles; — el hombre que aprisiona al animal arrojándole el lazo envuelto en larga roldana, el animal que resiste vanamente, dos bueyes que de la parte de afuera marchan pausadamente á su paso habitual arrollando la poléa que arrastra á su semejante en el interior, que lo arrastra hasta poner su cerviz bajo el puñal que le desnucá y lo hace rodar sobre la zorra que lleva su cuerpo inerte á las cuchillas de los desolladores.

La escena es repugnante; y en diez minutos ha durado para mí diez años.

Se suprimiría sin embargo y estaría suprimido todo el caudal de la riqueza nacional.

¡Cuánto más simpática es la agricultura con sus dones incruentados, con sus doradas mieses y sus frutos perfumados!

## Estudios literarios

## FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA

POR DON FRANCISCO BAUZÁ

Imposible estudiar á Figueroa, sin sentirse solicitado por tanta diversidad de afectos, como estendida y vária es la jurisdiccion que su fantasía invasora se apropió en el mundo de las letras. Aseméjense sus obras, todavía inéditas en gran parte, á un campo prodigioso donde la naturaleza hubiese derramado toda clase de simiente, para hacerle producir con los más delicados arbustos, gajos malsanos y yuyos inútiles, formando de ese modo un abigarrado conjunto. A poco que se medite, empero, esta variedad no es tan espontánea como lo deja entender su condicion aparente, sinó que es una necesidad impuesta por la época y el escenario donde el poeta tuvo que desarrollarse; porque Figueroa, superior á sus contemporáneos en ilustracion y gusto, debió sin embargo amoldarse á las circunstancias, para no pasar inapercibido como en otra esfera pasó Larrañaga, el más grande y el único hasta hoy desconocido de los sábios sud-americanos de su tiempo.

Si hay un espectáculo triste en la vida, es la lucha del talento contra la indiferencia pública, cuando el nivel intelectual del que emprende la batalla está tan distanciado del vulgo, que fatalmente se cierne entre regiones inaccesibles al alcance popular. Entonces sucede, de dos cosas, una: ó se capitula, incorporándose á la turba y haciéndose perdonar la superioridad en fuerza de hablarle su lengua, ó se resiste y se vive anulado, pero fiel á sí mismo, en el pedazo de mundo ideal donde no trascienden los reproches de la ignorancia. Aquel fué el caso de Figueroa, y éste el de Larrañaga, cuyos talentos, distintos en sus manifestaciones peculiares, si no les han reportado ni á uno ni á otro todavía la ventaja de ser juzgados como deben; han dado al primero la popularidad á cambio de sus concesiones, mientras al segundo le han dejado en el olvido por no querer conceder nada.

No se crea por esto que es grande la ventaja que el poeta uruguayo lleva al naturalista su compatriota, en órden á la fama que uno y otro se merecen; pues si Larrañaga no ha pasado del concepto de *curioso* con que habitualmente se designa entre nosotros á los que acometen investigaciones que no constituyen una profesion lucrativa; Figueroa apenas goza reputacion de versificador fácil, gracias á que se recuerdan de él algunas composiciones satíricas, no ciertamente las mejores. Lo que más vale de sus obras, y tambien lo que ménos, yace inédito en los estantes de la Biblioteca Nacional; y allí permanecerá tanto tiempo como necesite el papel para tornarse de blanco en amarillo, que esa y no otra es la accion fumigante ejercida en todo país de índole española por los archivos sobre sus materiales atesorados, viniendo á constituir una manera de osários, donde se clausuran á prueba de contagio los productos del ingenio que escapan á la escrupulosidad de algun coleccionista y no van á dar á manos de algun librero de viejo.

Hasta en no sufrir escepcion á este respecto, es Figueroa prototipo de su país y de su época. Si el éxito le hubiera favorecido, no tendrían sus aventuras literarias y personales ese interés dramático que las circunda, y que es, por decirlo así, como la envoltura necesaria de un producto genuino del suelo, cuyo sabor se presiente, porque no falta en las esterioridades ninguno de los signos característicos de la procedencia. Pero esta condicion misma, á primera vista tan favorable, impone al crítico singulares miramientos para no equivocarse en las apreciaciones ulteriores. De seguro que si es muy atrayente para el observador toda investigacion literaria destinada á poner en claro la vida de uno de esos autores que caracterizan períodos históricos, tambien es gaje de seguridad para la crítica que el espíritu se identifique con la época á que pertenece el autor en cuestion; pues no de otro modo, ni de otro punto de vista, se puede llegar á una disposicion de ánimo imparcial y amplia para decidir sobre su conducta. Figueroa necesita, más que ninguno tal vez, la aplicacion de esta regla de criterio á sus obras. Porque siguiéndole al través de ellas, desde que empieza alentado por el vigor de la juventud, hasta que se detiene tropezando en los dinteles de la edad madura; se sigue á una edad y á una generacion del hombre, cuyos entusiasmos y decaimientos han ido reflejándose en las páginas del maestro, necesariamente saturadas por las impregnaciones de la atmósfera respirable de su tiempo.

Nacido y educado bajo la dominación española, adquirió ideas monárquicas en el seno del hogar, ó instrucción clásica bajo las bóvedas sombrías del convento de San Francisco, edificio que es hoy para nosotros recuerdo apenas de vetustas paredes derribadas, y que fué, sin embargo, centro de sabios y manantial de nobles designios, allá cuando nuestros padres buscaban una patria con las armas en la mano. Bajo la disciplina monacal que procuraba la ilustración del espíritu con vigorosa porfía, nutrió el suyo Figueroa, adaptándose los conocimientos que habían de hacerle hablista consumado, correcto versificador y gran latinista, para encarrilar su vena chispeante dentro de las formas típicas del clasicismo.

Con este bagaje literario, á veinte años de edad, y viviendo una vida apacible y holgada, sus convicciones políticas no habían sufrido merma, ántes bien, se habían robustecido por la fuerza de las cosas, dentro de aquel período, tiempo de oro de la colonia, que medió entre el rechazo de las invasiones inglesas y el estallido de la Revolución de 1811. En vísperas de tal suceso estaba el país todavía, cuando renombrado por sus triunfos y desastres Montevideo, y objeto de grandes distinciones sus principales habitantes, acababa de nacer el orgullo nacional bajo el estímulo del rey que premiaba nominativamente los servicios de los criollos haciendo á la vez acuerdo de la heroicidad del país; y empezaban á tomarse medidas de todo género en la corte, que hacían esperar satisfactorios progresos materiales. Los adictos á la realcía, que no eran tan pocos como se ha supuesto, habían acentuado las manifestaciones de su fé monárquica con motivo de los acontecimientos que el año anterior se produjeron en Buenos Aires, y estaban orgullosos de poder justificar para su tierra natal el título de *fiel y reconquistadora* con que el gobierno hispano la había condecorado. Todo esto conspiraba á alentar el celo de la juventud afiliada al partido oficial, de modo que al estallar la revolución de 1811, que trastornaba los principios y las cosas admitidas, de pechos juveniles partió la primera protesta.

Figueroa se encontraba en el número de los que debían plegarse á esa voz de reprobación, y no vaciló en tomar su puesto en las filas de los realistas; pues « asustado — como él mismo lo dice — por el áspero sacudimiento y convulsión que el movimiento revolucionario hacía experimentar al antiguo orden social, se encontró colocado entre aquellos que pretendieron poner un dique con sus pechos al torrente que se desbordaba, sin dejar por eso de amar

mucha á su tierra natal, y aun á experimentar dobles simpatías á sus compatriotas libertadores ». Singular posición, y que sin embargo era la de todos los criollos realistas, destinados á defender al Rey sin poder execrar totalmente á sus enemigos!

Bajo tales auspicios se reveló el poeta, encontrando tema á sus desahogos en la epopeya del sitio de Montevideo por las tropas revolucionarias. Ninguna ocasión como aquella, para que un súbito de la monarquía, hijo al mismo tiempo del país donde se libraba el combate, diera vuelo á las concesiones del espíritu exaltado por las congojas del patriotismo; pero ni la edad del autor, ni la índole de su inspiración, correspondían á empresa tan árdua como la que indicaba el asunto elegido. Porque nada ménos que un poema del género heroico era lo que pedía la narración de aquellas aventuras guerreras que duraron veintidos meses entre los más variados episodios, y Figueroa no tenía ni el golpe de vista que permite formar el plan ajustado y correcto de un trabajo de tal magnitud, ni la inspiración alta y sostenida que engrandeció los detalles sin prodigarlos. Su *Diario histórico*, aunque corregido y limado muchos años después según confesión propia, resultó una apuntación minuciosa de los sucesos de cada día; una crónica versificada en que hay tantas noticias como hechos pasaron y pudo retener su memoria. Es cierto que él no dió á su trabajo mayor importancia de la que tiene, observando en el prólogo « que la minuciosa exactitud de la narración, como una traba molestísima al verso, haría sin duda perdonar los defectos de la estructura artística »; pero con todo, lo desmayado del método dispone á hacerle cargos, puesto que pudo resumir y concordar con más tino los diversos y multiplicados sucesos que narró.

No carece el *Diario histórico* de bellezas, y si su plan es criticable por lo difuso, la versificación en general es fluida, y en ciertos lugares, bien que en muy pocos, levantada y noble. Las aflicciones del poeta se reflejan con mucha verdad al pintar los desastres de las armas del rey, y suele expresar con tanto sentimiento la pena que le causa el incierto porvenir del país y la posible caída del poder monárquico, que la huella de su amargura queda impresa en los versos que la delatan. Con este motivo, las propensiones místicas que solieron asaltarle en el curso posterior de su vida, se vislumbran ya en algunas de las estrofas con que desahoga sus melancólicas inquietudes. También en otras su espíritu festivo se revela sin quererlo, cargando el tinte cómico sobre ciertos episodios

que por su ridiculez se prestaban á la risa. De todos modos, era natural que así sucediese, porque como quiera que una obra de largo aliento abarca siempre un periodo considerable de la vida individual, es imposible que al fin no se reflejen sobre ella las condiciones geniales del autor, en la medida que el tiempo las va poniendo á prueba y por sucesion de emociones que nacen muchas veces de la naturaleza misma del asunto.

Rendido Montevideo á las armas revolucionarias bajo una capitulacion que habia de violar el general vencedor, encontráronse comprometidos seriamente todos los que eran alicetos al gobierno español; por lo cual muchos pusieron su salvacion en la fuga, y entre ellos Figueroa que fué á dar á Rio de Janeiro, donde permaneci6 bastante tiempo. Allí despidió el fastidio poniendo á su *Diario histórico* una introduccion que respira patri6ticos rencores por todos sus poros; y escribiendo varias composiciones descriptivas bajo el título de *Cartas poéticas*, que pueden servir de modelo en su género. Son varias esas cartas, y el interés político ó historial de unas, la crítica social y la narracion de las aventuras personales del autor que contienen otras, las hace muy estimables. Del punto de vista de la composicion, Figueroa muestra allí aquel empeño de versificar sobre temas forzados, que más tarde fué uno de sus gustos predilectos, concluyendo las estrofas con títulos de dramas, comedias y sainetes conocidos entonces, y á primera vista ajenos al asunto que se relata, pero que de paso dan una idea de lo que se sabía sobre teatros en este hemisferio.

Por supuesto que el estado de su ánimo y el centro social donde vivía, se prestaban á excitar sus disposiciones satíricas, de manera á darle pretexto para encontrar tipos criticables. De este número fueron un maestro de escuela agraviador de cierto amigo suyo, una vieja hablantina que tenía una hija marisabidilla, y otras gentes por el estilo. Escritas en portugués esas composiciones, parecen tener un mérito mayor del que intrínsecamente tienen, á causa de la gárrula sorpresa que produce en los que hablamos castellano el lenguaje enfático de los compatriotas de Camoens, pero á la verdad no están á la altura de las del mismo género que más tarde publicó contra diversos sujetos. Por otra parte, el tono subido de algunas de sus proposiciones, dejan mucho que desear á las exigencias de la moralidad literaria, que si es ridícula cuando raya en guzmoñería, tiene en todos los casos por límite el pudor. Desgraciadamente, Figueroa no hacía más que trillar aquí los lindes del camino que

debía conducirle tan lejos en la huella dejada por Quovedo y proseguida después con triunfante marcha por Emilio Zola y demás miembros del naturalismo en voga. Es verdad que en su testamento literario el poeta manda expresamente que tales composiciones no sean publicadas, pero ¿á qué las coleccionó entonces?

Vuelto al país, para correr algunas de las vicisitudes que trujo la lucha contra la dominacion portuguesa y presenciar el triunfo irrevocable del alzamiento nacional, pudo creer que se abriera una época de actividad en las esferas intelectuales, como parecía anunciarlo el renacimiento de todo un pueblo. Mas aquellas ilusiones, si las tuvo, no habían de esperanzarlo mucho tiempo, porque el período de las contiendas civiles, abierto con tanto furor como tendencias de perpetuidad, llamó la atención pública por entero sobre las armas ó hizo de la guerra el objeto predilecto de sus solicitudes. La nacion, que había perdido ya el más considerable de sus centros de saber con el convento de San Francisco, prosiguió marchando sobre el plano inclinado de la ignorancia á un embrutecimiento que hubo de dejarla sin ciudadanos aptos para llenar las funciones electorales dentro de la modesta exigencia de saber leer y escribir que impone su ley fundamental. Excepcion hecha de Montevideo, en los demás centros poblados, si había alguna escuela de primera enseñanza era regentada por el párroco, dado caso de que existiesen templo y párroco, porque ni todos los pueblos tenían templo, ni los párrocos eran tan abundantes que pudieran corresponder á uno por cada pueblo.

Pero si bajo cierto aspecto, semejante estado social no se comparaba con el estímulo literario, bajo otro un número cultivado y ardiente tenía campo para remontar la inspiracion hasta las más altas regiones del lirismo, puesto que la situación giraba todavía dentro del momento histórico en que el pueblo uruguayo había consumado el acto más glorioso de su vida, y estaba dándose en espectáculo á la América para consolidar su obra. Con torva frente y en violenta fuga, habían cruzado la frontera para ir á decir al emperador del Brasil y al gobernador de Buenos Aires que nuestro suelo era inconquistable, tras ejércitos vencidos sucesivamente en Haedo, Sarandí y Cagancha, por el pueblo rudo que aquilatando en mayor precio la libertad que la vida, no regateó su sangre ni sumó el número de los enemigos que lo rotaban á combate. El primer Presidente constitucional había visto desaparecer en horrorosa lid las esforzadas huestes charrúas que aun señoreaban los confines del

territorio patrio. El segundo había hecho sentir el poder de su espada en los campos de Carpintería, volviéndola á la vaina sólo cuando la batalla del Palmar lo arrebató junto con las insignias de mando el lauro de la victoria. Tales acontecimientos, englobados en el trascurso apenas de quince años, daban asunto á la inspiracion, cualquiera que fuese el punto de vista político en que los compromisos de partido obligasen á colocarse al poeta.

Con no tomar la actitud que correspondía en ellos, mostró Figueroa carecer de las dotes que constituyen un poeta lírico; pues á escepcion del *Himno nacional*, que tiene estrofas dignas de ser recordadas por su valentía, y de la oda á la *Escarlatina*, que es una bella imitacion bíblica, no produjo nada que arrojase de sí esos lampos con que la inspiracion remeda los sacudimientos del espíritu humano, cuando se cierne sobre la frente de sus elejidos. En jerga festiva saludó la libertad de vientres decretada por la Asamblea nacional, poniendo en boca de los negros una letrilla encomiástica; cantó despues la *Inundacion de Maciel* en estilo poémico, y con una *Media-caña* patriótica despidió las huestes de Echagüe, que huían en pavorosa rota. Unos versos insustanciales á la muerte de Bernabé Rivera, precedieron el *Canto á Mayo*, que es muy prosaico, al cual siguió posteriormente el cuadro del *Ajusticiado*, que es una mala imitacion del «Reo de Muerte», de Espronceda; y aquí plegó sus alas el cisne. En cambio, su mala estrella lo condujo á condescendencias que trasformaban la metrificacion en oficio y la inspiracion en cosa aplicable á cualquier objeto, produciendo versos á destajo, que forman en la coleccion de sus poesías un fárrago de acertijos y charadas, de botellas y copas dentro de las cuales hay estrofas sin elevacion ni sentido, arregladas á las depresiones materiales del tiesto, y como avergonzadas por el compromiso de ocupar sitio tan mezquino.

Esta época aciaga de su musa, sirvo para demostrar los beneficios que una instruccion sólida reporta siempre á toda intelijencia bien dispuesta. Aunque abandonado á sus propios esfuerzos, sin rivales ni censores, Figueroa no se despenó á las profundidades de la esterilidad pretenciosa, ó hizo de su parte lo que pudo por reaccionar contra sí mismo, emprendiendo algunos trabajos de aliento, ya festivos, ya serios, segun vino la ocasion. En los de género festivo, bien que su inspiracion anduviese generalmente á pocas varas del suelo, naciendo de las cosas que lo rodeaban y viniendo á constituir como un modelo versificado de ellas, reia con facilidad,

haciendo reir á los demás por lo espontáneo de sus chistes. Algunas veces, sin embargo, resulta demasiado fuerte el condimento con que salpimentaba las bromas, para que no se conozca el empeño que le trabajaba en provocar la hilaridad á cualquier precio. Dominando el idioma, sin ser ni amanerado ni oscuro, decía, empero, las cosas con sencillez, y empleaba de corrido una cantidad innumerable de términos que demuestran la posesion que tenía de la lengua y sus riquezas. Por ello es que nunca fué esclavo del consonante, apareciendo en todos los casos espontáneo el giro de su metrificacion, por más que no lo fuera siempre el sentido íntimo de sus versos.

Sobre lo que él mismo pensaba algunos años más tarde, de estas composiciones y otras de igual cariz, puede sacarse la cuenta por la siguiente advertencia que les puso al hacer su seleccion en 1846: «Como las mujeres feas—dico—suelen encubrir su deformidad con el lujo y adornos, así yo deseo que todas estas mezuquinas composiciones salgan adornadas con viñetas vistosas, alusivas al asunto que ellas contienen.» Deseo que pudo ver satisfecho en parte, cuando emprendió por sí hácia el año de 1857, la publicacion del *Mosaico poetico*, poniendo á concurso el feísimo surtido de viñetas de la imprenta del *Licco Montevideano*, que era la casa editora.

En un órden más elevado, los trabajos serios que acometió, son dignos de recuerdo y abonan su buen gusto. La desesperante sencillez del *Sacris Solemnis* y la majestuosa elevacion del *Dies Irae*, la tentaron á extremo de hacer de estas dos composiciones religiosas una traduccion que en nada desmorrece de los originales. Tradujo tambien el salmo *Super Flumina*, varias *Lamentaciones* de Jeremías y el *Stabat Mater*, vertió en dos formas distintas el *Te-Deum*, versificó el *Padre Nuestro*, ó hizo de la *Salve* una paráfrasis, el mayor trabajo de su índole que tenga la lengua castellana. A estas traducciones que acusaban perseverante trato de asuntos religiosos, precedieron y siguieron varias composiciones originales de estraccion mística, que pintan el estado de ánimo del poeta, afligido singularmente por la afeccion que despues de haberle tenido á las puertas de la muerte, inspirándole hasta un epitafio para su sepulcro, le robó la voz para siempre.

Colocado ya en el carril de una reaccion tan beneficiosa, volvió sus ojos á los estudios clásicos que habia sido la puerta por donde entrara á la literatura en los años juveniles. Era Horacio su

poeta favorito, y en el esmero con que lo traducía se ven las huellas de esa afición no desmentida nunca. Tradujo de él, las odas á Mercurio y á Mecenas, la Canción secular, y las odas á los romanos, á Augusto volviendo de España; algunas de ellas con tan rigurosa economía, que el verso castellano resulta caído casi sobre igual número de palabras que el original. También hizo por esos tiempos varias composiciones didácticas de su propia cosecha, como ser el *Alfabeto de los niños*, en el cual cada letra lleva una estrofa alusiva á las glorias nacionales ó á nombres y hechos históricos del extranjero, y los *Signos del Acuario* en décimas explicativas. Pertenecen al mismo género, aunque de fecha posterior, las *Reglas para el juego del Mus y de la Búgiga*, en que el autor confiesa que la poesía se avergüenza de prestarse á combinaciones tan mezquinas.

Esta multiplicidad de trabajos, agregada á un diluvio de estrofas incipientes que acostumbraba á lanzar anualmente en tarjetas para los aniversarios patrios, y á centenares de epigramas, muestran lo inagotable de la facundia de Figueroa, ó inclinan el ánimo á lamentarse de tan profuso derroche. Porque con ser tan rara y peregrina una buena dotación intelectual, impone á su dueño deberes superiores, para que lo sea tolerado malgastarla sin protesta de los demás, que tienen derecho á gozar en parte y por vía de indemnización, los frutos ubérrimos que les defrauda la imprevisión ó la holgazanería. Más perjudicial aun el despilfarro de la inteligencia que el del dinero, cuando menos esto se trasmite de unas manos á otras para circular siempre, mientras aquella se consume con quien la tiene, sin que sus derroches sirvan para producir otra cosa que el decaimiento moral en derredor de sí.

Como quiera que sea, durante estas oscilaciones de su espíritu, Figueroa había dado con un género en el cual nadie ha podido igualarlo hasta hoy, y del que es decididamente inventor. Nos referimos á las *Toraidas*, ó sea narraciones versificadas de las corridas de toros. Para pintar en toda su deformidad esta clase de espectáculos, conviene decir previamente alguna cosa sobre ellos. Forma la parroquia habitual de las corridas, el más inapropiado público que pueda darse. Vecinos honestos que se desvanecerían ante las perspectivas de matar un animal cualquiera en su casa; profesores de derecho natural que sostienen la inviolabilidad de la vida en todo organismo dotado de actividad voluntaria; médicos que se compunguen de las enfermedades de los animales y ensoñan á los

veterinarios á curarlas; economistas que toman á punto de honra defender la industria pecuaria; católicos sinceros que leen con atención reverente aquel precepto del Deuteronomio que dice: «no vorás el buey de tu hermano ó su cordero, perdidos, y te esconderás de ellos: volviendo, los volverás á tu hermano»; en fin, personas nerviosas y caritativas de todo linaje y condiciones, se sientan en las gradas de piedra del hemisicilo, y esperan alegres el sangriento espectáculo, después de haberse recíprocamente informado con el más correcto ceremonial inquisitivo sobre la salud de todos los suyos. Y estos filántropos, cuya condición humanitaria trasciende á sus doctrinas, resultan como tocados de epilepsia al sonido de la corneta que anuncia la aparición de unos cuantos chulos ridiculamente perjeñados, electrizándose hasta delirar cuando estos, con esguízaro lengüeteo, ofrecen por complemento de sus maniobras unas cuantas bestias muertas á puntazos y cuchilladas.

Entre los argumentos de mayor socorro con que los taurémanos defienden su causa, sobresale aquel que presenta las corridas de toros como una escuela de virilidad para los pueblos. Es de advertir, sin embargo, que sometida la afirmación á un análisis experimental, queda pulverizada. Porque nunca hubo nación donde se corrieran más toros que en España, y si se observa que bajo Fernando V esa faena era una diversión de la nobleza y bajo Fernando VII llegó á ser un arte popular para cuya enseñanza se abrieron cátedras subvencionadas por el Estado; resulta que en el país clásico del torreo, la virilidad pública ha ido en razón inversa de los progresos tauromáquicos. Ni sabríamos explicarnos tampoco, aun cuando no mediase ese hecho decisivo, qué clase de influencia hubieran podido tener sobre los guerreros españoles que pelearon y vencieron fuera de su país, desde Gonzalo de Córdoba hasta O'Donnell, la vista de las corridas de toros, á que solo por excepción les permitió concurrir su accidentada y trabajosa vida de soldados.

En nuestra sociedad, como en todas las sociedades humanas, han existido siempre dos corrientes de ideas; la una, que tiende á conservar todo lo antiguo, y la otra que tiende á reformarlo todo. Con este motivo, las plazas de toros han tenido sus defensores y sus enemigos, aunque dicho se está que hasta hoy los primeros han vencido á los segundos. Conviene advertir empero, que desde tiempos lejanos hubo personas que miraran de reojo la tauromaquia, y tan es así que allá por los años de 1838 ó 39 cantaba Figueroa lo siguiente en una *Toraida Romántica*:

Grita Mendo  
 que es horrendo,  
 que es infando,  
 ver lidiando  
 racionales  
 y animales;  
 que es un juego  
 musulman:  
 Y el vestigio  
 diz que el siglo  
 de las luces,  
 dió de bruces  
 sin decoro  
 porque hay toro;  
 ¡Qué pasiego!  
 Qué patan!

Figuroa se enojaba mucho con *Mendo* porque esto criticaba la tauromáquia. — ¿Pero qué decía *Mendo* ó sea el partido anti-tauromáquico, para hacer enojar de tal suerte á nuestro viejo y ronco vate? — Decía entónces lo mismo que dico ahora. — Decía que es una irrisión llamar heroicidad, á la lucha de diez ó doce hombres armados hasta los dientes, contra un desvalido toro que ya viene encandilado, hambriento y estropeado del redil, para morir hecho trizas en la plaza. — Decía que en un país ganadero no debe declarársele una guerra insensata al animal que precisamente constituye, desarrolla y fomenta la riqueza pública. — Decía que el espectáculo de una corrida de toros, no es ni con mucho un cuadro de costumbres civilizadas, que pueda colocarse á la vista de un pueblo nuevo, desgraciadamente harto dispuesto á las lides sangrientas. — Decía en fin otras muchas cosas por este estilo, que le valieron entónces, y le valen hoy aun los dictados de pasiego y patan!

*Mendo* está por lo tanto en plena derrota. La zambra y el bureo han podido más con sus atractivos febriles, que las filosóficas y tranquilas reflexiones de los amigos de la hueste toruna. Y en verdad que las emociones de una plaza de toros, no son para desperdiciadas, por las gentes que entienden lo que es el placer de gozar. ¿Dónde hay nada más hermoso que un caballo destripado á la primera embestida? ¿Qué emoción igual á la de un toro que salta la valla y pone en aprietos á los entusiastas mirones que no contaban con aquel lance omitido en el cartel de anuncio? ¿Qué cosa comparable al revuelto mar de un populacho furioso, que se subleva porque los *bichos* no son bastante bravos, es decir, porque

ni siquiera han matado á un lidiador y á una media docena de caballos? ¿Y no es acaso el *non plus ultra* de la delicia, ver á la turba llegar en un dia clásico á toda la altura de su iracúndia, arrojándose sobre los toreros, sacando á los toros de la cola ó incendiando el circo?

La prosa es impotente para describir toda la grandeza de un espectáculo semejante. A no tener la poesía el atractivo secreto de la rima, la estructura férrea de la estrofa, el fugitivo destello de la inspiración, no fuera tampoco digna de cometido tan excelso. Pero afortunadamente la poesía taurina y el poeta que debía crear este género, estaban destinados á nacer sobre el suelo uruguayo. Oigamos á Figuroa cantar la heroica jornada popular que obligó á la autoridad á prohibir por muchos meses las lidias de toros, con profundo sentimiento de una gran parte de la población. Habla el poeta:

En plena posesion como unos reyes  
 estábamos del circo, en paz profunda,  
 cuando violando las taurinas leyes  
 se amotinó una plebe furibunda;  
 y sobre si eran toros, ó eran bueyes  
 hubo escándalo, asalto y barahunda,  
 hasta que allí volar vieron mis ojos  
 tablas, sillas y bancos por despojos.

Yo ví ultrajada en el saqueo infando  
 la pica de Palanca... oh, lance fiero!  
 pica que honrara el noble Villandrando.  
 ¡Y en qué manos!... en manos de un lechero!!!  
 Vi una ninfa en gran riesgo reclamando  
 contra el vulgo frenético y grosero.  
 Yo la ví, en un tablon que se derrumba,  
 como el ángel de luz sobre la tumba

A *Repollo* y *Violin* llamaba airado  
 el vulgo en el furor que le enajena;  
 mas el violin estaba destemplado  
 y el repollo cual blanda berengena.  
 Asustados los dos, bajo el tablado  
 ¿quién sabe lo que hacían en tal pena?...  
 Ay, no salgas, escóndete *Repollo*,  
 Que eso sería echarle trigo al pollo!

Allí vendióse en bárbara subasta  
 y á vil precio la espada de García.  
 Dulces ví por el suelo en caldo y pasta,  
 y una lluvia de almendras y arropia.  
 Un confuso tropel, de vária casta

¡A la mosca! y ¡al mono! repetía  
Y al boletero asaltan con encono;  
mas ya estaban en salvo *mosca* y *mono*.

Imposible describir con mas propiedad en cuatro estrofas, un lance tan sonado y tan terrible. Todas las peripécias de la lucha, están narradas con precision maravillosa. La tranquila actitud de los espectadores antes de la gresca; lo inesperado de la rebelion popular; la transformacion en pájaros de las sillas, tablas y bancos para volar sobre la cabeza de los toreros; la deshonra del picador Palanca, Bayardo de la tauromáquia, á quien un lechero habia quitado sus armas; los apuros de García condenado á presenciar la bárbara subasta de su espada vendida á vil precio; la resignacion de Repollo y Violin, acueurrados bajo el tablado, haciendo quien sabe qué; y por último, las profundas vistas del boletero, poniéndose en salvo á tiempo con la *mosca*, como si presintiera que por allí debía concluir obligatoriamente la funcion y toda funcion comenzada de esa manera; dan una idea bien cumplida de lo que es un lance de tal laya. ¡Y pensar que hay quien quiera prohibir al pueblo goces tan inocentes!

Por fortuna, cúpole tambien á Figueroa la gloria de reducir á una ospresion mínima y casi ridícula los escrúpulos de los enemigos del torco, demostrando que mas gentes mueron de beber agua fria y comer pepinos á la noche, que toreros sucumben en la lid. Bien que el argumento peque por inexactitud relativa en los términos de comparacion, porque agua fria y pepinos toma todo el mundo, mientras que toros solo lidian unos cuantos hombres; parece sin embargo que la mayoría quedó encantada con una proposicion tan clara. Batieron palmas de contento los amigos de la tauromáquia, y se sintieron abrumados sus enemigos á punto de no poder, ni con la fé de bautismo en papeles. *Mendo* fué hundido en esta última batalla: ya no se lo consideró digno de ser tomado en cuenta, ni siquiera como ento racional. Es difícil resistir á la tentacion de copiar las tres estrofas, en que Figueroa arroja á tierra y da la última trompada en la barriga á su enemigo. Escuchad:

Y no admiras, no sientes, no te late,  
el corazon de orgullo y de contento,  
al ver que un racional resiste, abate,  
y postra al fin de un bruto el ardimiento?  
¡Quién al mirar el hórrido combate:  
de una parte el furor, de otra el talento;

aunque el grave espectáculo le asombre  
no saldrá envanecido de ser hombre?

Si á esto llaman locura, otras mayores  
se ven en las naciones ilustradas,  
que cual gallos preparan gladiadores  
para el circo feroz de las trompadas.  
Roma vió cuatrocientos Senadores  
y un Soberano andar á las puñadas,  
contemplándose aquellos muy felices  
con perder solo un ojo, ó las narices.

Los riesgos se ponderan.... desatinos  
son que un ciego terror se forja en vano.  
Mas víctimas se llevan los pepinos  
ó el agua fria en tiempo de verano.  
De mil formas se muere... los destinos  
no es dado contrastar al triste humano  
¿y quién sabe si á veces son los bueyes  
fatídicos ministros de las leyes?

Ya lo sabéis, hombres incrédulos, que afectais negar la evidencia. Los toros son, una vez lanzados al circo, no solo orgullo del hombre y estímulo de sus más levantadas acciones, sino ministros fatídicos de las leyes. ¿Pero de qué leyes?... ¡Valiente pregunta!... de las leyes divinas!... De lo que se sigue, que cuando en nuestros tiempos, fué cornecado de refilon y en parte carnosa el capa *Cotorrita*, se cumplió una ley divina con él, pues *Cotorrita* estaba destinado por adverso sino á que el toro magullase su enteca y alijera persona!

Las *Toraidas* son notables por el movimiento y variedad de sus episodios, puestos de relieve con chispeante gracia. Hasta el título que las distingue inspira risa, pues las hay que se llaman *Sansimonianas*, otras *Peladas*, otras *Cortas*, etc. No se hable del verso, que en todas ellas es fresco y abundante. Figueroa, tauromano de ley, no se limitaba á pintar los incidentes y comentarlos, sino que de paso filosofaba, aprovechando toda oportunidad para defender su diversion favorita. Así es que en la plaza de toros, era él la primera autoridad aunque asistiese al acto el Presidente de la República; y entre los toreros gozaba reputacion de Mentor, que no era ciertamente usurpada. Lastima grande, que emplease tanto talento en cosa tan baladí!

Matizaba por entónces estos pasatiempos literarios, con traducciones del italiano, del francés y del catalan, generalmente trabajadas sobre asuntos sentimentales; pues por una de esas contradicciones

frecuentes del espíritu, así como su musa juguetona á semejanza de los niños cuando les fuerzan á estarse graves, se volvía torpe hablando en serio; así también como ellos, al fingir la calidad de que carecen, buscaba el modo de vencerse asumiendo por cuenta ajena el continente grave en los textos que elegía para traducir. Por medio de estos trabajos, adquirió bastante soltura en el manejo de los idiomas y dialectos extranjeros de que se auxiliaba, llegando á versificar por cuenta propia en ellos repetidas ocasiones. Mas estuvo lejos de apasionarse de galicismos y extranjerías en el estilo, achaque peligroso de los que cultivan lenguas extrañas con ahinco, y antes bien, se mostró inaccesible á tales novaciones satirizándolas en una letrilla titulada *El hombre de importancia*.

Corriendo así los tiempos, vino el *Sitio grande* á poner á prueba las actitudes políticas y guerreras del gobierno á quien servía el poeta, y la resistencia moral y física que era capaz de hacer el pueblo de Montevideo contra la miseria y la muerte. Aquella situación desesperante, en vez de abatir, endureció el temple de los hombres, á punto de hacerle tolerable la vida con un *minimum* de subsistencias que desconcierta los más sutiles cálculos fisiológicos, al mismo tiempo que les acostumbraba á un menosprecio de los peligros, que hoy parecería jactancioso desafuero. Así dispuestos los ánimos, todo apocamiento era materia de crueles burlas, de manera que hubo contajio de valor, como lo hay de peste ó de miedo en otras circunstancias. Reflejóse pues, sobre los pensamientos y las acciones más sencillas, aquella arrogancia marcial ingénita á la condición en que vivían los sitiados, y no escaparon las letras á la influencia del medio ambiente cuyas emanaciones sabían á pólvora.

Solicitado Figueroa por necesidades muy grandes, se abandonó á su espontánea pintura, con una verba y un lujo de dición, que no había ostentado antes ni volvió nunca más á ostentar. Su empleo de Bibliotecario sin sueldo ni público leyente, y el que posteriormente le dieron de Tesorero general, en unos tiempos en que sólo la cortesía covachuelista podía suponer tal tesoro; sirvieron de espuela á su vena satírica inspirándole romances y letrillas que no se pueden leer sin sentirse uno transportado á la época que las provoca, y darse por conocido con los tipos á quienes clava el aguijón. Sin embargo, con ser de los más populares, no son estos trabajos los que han acarreado al poeta mayor fama, sea porque su tinto característico les contraiga demasiado á un teatro y épo-

ca bastante lejanos de la nueva generación, sea porque doloridas aún las fibras de los que sufrieron en uno y otro bando, por acuerdo prudencial recíproco, se eche un velo sobre aquellos cuadros que pinta á lo vivo acontecimientos tan inolvidables. Es de creerse que hay de todo ello un poco, y algo también de extravío artístico en tal indiferencia hácia unas composiciones, que por ir vaciadas en romances y letrillas, pasan á los ojos de muchos como harto ligeras para llamar la atención pública.

Y sin embargo, el Romance y la Letrilla, son los dos canales por donde corre copiosa y fácil la lengua española. Tomando esa forma poética, se desprende nuestro idioma de la pompa y hasta de la rudeza con que se auxilia en la Oda ó la octava real, menesterosas siempre del estruendo que producen las palabras fuertes al redondear una idea atrevida ó un pensamiento sublime; así como de la acompasada entonación de la Décima y de la Quintilla, que si bien sirven para fijar en el vulgo ciertas ideas por la uniformidad musical de la estrofa, son también más adecuadas que ningunas para encubrir los defectos con el relumbrón de la sonoridad. En el Romance, muy al contrario, la índole misma de los asuntos que congenian con esa metrificación, dispone el verso á la dulzura, lo echa dentro de una corriente de afectos que ora lleven á la risa ó al llanto, son siempre espesados con fluidez y conservan el encanto de una irreprochable unidad. Y algo parecido sucede con la Letrilla, que como miniatura primorosa, es un auxiliar irremplazable en ciertos casos.

Los que desprecian ambas construcciones, entienden que la sencillez de su atavío las hace demasiado vulgares, y tal vez harto claras para manifestar las ideas. Pero estos tales olvidan, que cuanto mayormente sencilla y fácil es la manera de espresarse, suelta la frase, claro y tocante el concepto de quien se espresa, tantos más largos y penosos esfuerzos intelectuales le ha costado la adquisición de ese método. Versificadas ó nó, las ideas en cuanto á su transmisión artística, están sujetas al mismo plan, diseños, toques y elaboración que todas las obras humanas. Incubadas en el espíritu, maduras por la razón, corregidas por la experiencia, limadas por el gusto, salen á luz después de un trabajo que es tanto más grande, cuanto más se oculta á los ojos del público. De ahí que la difícil facilidad de decir claro, constituya el ménos apreciado, y sin embargo, el más culminante de los recursos del arte literario.

Figueroa usó con éxito completo las dos formas de metrificación

que motivan nuestro aplauso, en las composiciones aludidas. No tienen precio sus romances de entonces á varios ministros, y las letrillas de actualidad política con que satirizó diversos acontecimientos de la época. Dió también muestras de la fuerza que tenía para el anagrama, haciendo varios en latín y castellano, en italiano y francés, tomados de nombres propios, como fueron los que envió al Papa Pío IX, y los que hizo á varios personajes del gobierno. Incapaz, con todo, de omitir ningún recurso aprovechable para la sátira, se valió también de los anagramas para aplicarlos á sus enemigos políticos. Hó aquí entre otros, uno que dirigió al cónsul francés señor Pichon.

Le sage Consul Théodore Pichon!  
*Hélas! est un cochon opilé d'orge.*

El «Sitio Grande», había convertido á Montevideo en un centro literario de mucha importancia. Casi todos los hombres de letras argentinos, huyendo la tiranía de Rosas, se encontraban refugiados dentro de la ciudad sitiada, y ora en la prensa, ora en círculos y certámenes, propagaban sus ideas políticas y literarias con el crédito de un verdadero descubrimiento. Generación próbidamente instruida en las universidades y experimentada además en la vida pública, traían á este país aquellos hombres un cuantioso bagaje intelectual, y se acompañaban de una juventud, todavía ignorada pero entusiasta, que siguiendo sus huellas y su ejemplo, venía á constituir una vanguardia intrépida siempre pronta á llevar doquiera el pensamiento y las aspiraciones de su tierra nativa. Figueroa se sintió atraído á este núcleo luminoso, del cual partían destellos afines con los que brotaban de su alma, y cultivó relaciones cordiales con los emigrados, que á la vez tasaron las suyas en alto precio. Florencio Varela lo inspiró á él un respetuoso y acendrado cariño, y él inspiró á Juan María Gutiérrez aquella amistad tierna que más tarde se hizo pública con la profecía de que «si se hundiese Montevideo, el Cerro y Figueroa serían los dos rastros que atestiguaran á las generaciones futuras su existencia.»

El trato frecuente de tantos literatos y publicistas, á la vez que inauguró para Figueroa ese artístico vagabundaje al través de las imprentas, desde entonces costumbre de los que adolecen el prurito de escribir en esta tierra; despertó las aficiones que adormecía en su ánimo la falta de estímulos, llevándolo á concluir y limar algu-

nos de los trabajos de aliento hasta entonces involucrados entre el revoltijo de sus papeles. A este número pertenece con especialidad, el poema joco-sério *La Malambrunada*, cuyos esbozos nacieron en otro de igual género titulado *La Carlínada* que escribió durante su estadía en San Carlos, bajo la dominación portuguesa.

A todo rigor, *La Malambrunada* es una parodia, no porque pláje para ridiculizarlo algún trabajo de otro, sino porque ridiculiza una escuela y un estilo, empleando la forma epopéyica con motivo de un asunto trivial. Malambruna, vieja viuda de irritadas pasiones, concibe la idea de formar una conspiración de sus conjóneres contra el bando de las jóvenes hermosas, y adelanta los primeros pasos de su proyecto, convocando á reunión, por medio de un enjambre de brujas, á todas las que comparten sus odios contra la juventud y la hermosura. Concurren las viejas al local de la cita, y después de larga disputa, resuelven tener consejo en un bosque cereano. Las jóvenes, entre tanto, inspiradas por Venus, se juntan á su vez, nombran por general á Violante, dan la batalla y derrotan á las viejas, que para ejemplo inmortal se vuelven ranas. Tal es el argumento de este poema, dividido en tres cantos, y abundante en situaciones cómicas y perfiles intencionados de muchos tipos montevideanos, que si no resultan más á las claras, tal vez se deba á la influencia ejercida en sus retoques por el mesurado consejo de Florencio Varela, á quien consultó sobre este punto el autor, según reza una nota de su puño que aparece á medio testar en los originales.

En cuanto al fondo moral de la obra ¿porqué no decirlo? á nosotros no nos gusta. Toda tendencia á ridiculizar lo que es respetable, se nos antoja descomedida y aviesa, y siendo la ancianidad digna de respeto, mucho más en la mujer viuda cuyo desamparo inclina á la compasión, parece indigno del talento de un hombre, emplear sus armas mejor templadas en zaherir á quien no tiene más defensa que su propia debilidad. Ciertamente es que Figueroa advierte en algunos lugares de su poema, que no pretende insultar á las señoras respetables sino á las viejas casquivanas; pero ¿cómo distinguir la eficacia de esa escepcion, en un cuadro que pone del lado de las casquivanas á millares de mujeres, mientras que en la felicitación á las jóvenes vencedoras solo menta *cien* matronas? De todas maneras, ni el argumento ni su desarrollo, por original que el uno sea y por primoroso que el otro resulte, satisfacen á la crítica de buena índole.

Ya se deja entender, que si el ánimo del poeta encontraba oportunidad en tales asuntos para solazarse; su temperamento satírico, esultado por el ejercicio de la burla había de dar en otra forma el residuo que le dejaba semejante excitación. De ahí, que coincida esa época con la de su mayor apogeo en el epigrama, instrumento de burlas en cuyo empleo supo rayar á grande altura. Jueces y médicos, abogados y mujeres presumidas fueron el tema comun de sus ataques; sin que por eso se le escapáran otros tipos sociales, cualquiera que fuese su flaco.

Todo esto parece indicar que Figueroa tuviera un espíritu maligno, pero examinadas su vida y relaciones sociales, no hay nada que autorice á tal atribucion. Porque generalmente la malignidad proviene de contrariedades mal sufridas, que van dejando en el alma como un sedimento de rencores, prontos siempre á rebullir y desbordarse contra el primero que se presente; y Figueroa no tenía, en cuanto se sabe de él, ninguna penalidad que le aflijiese más allá de lo tolerable; mostrándose por lo contrario, tan alegremente resignado en sus pobrezas, tan respetuoso al hablar de los suyos, tan pródigo en elojiar á los principiantes y tan dócil al consejo ajeno, que ni envidia ni rencor se notan en las explosiones sinceras de su musa. El ánimo se inclina á creer, pues, que muchas de sus sátiras son un resábido de las predilecciones de la antigua escuela española, tan fecunda en ese género, que él se veía en el caso de imitar, mortificado por la esterilidad de un teatro, en el cual ántes que vivir, vejelaba solitario, á vueltas con el fardo de una superioridad, que le equivalía al tesoro que llevase sobre sí un hombre perdido en el desierto.

Por lo demás, si existiesen dudas sobre su resignacion, las desvanecerían por completo, los siguientes pasajes copiados del prólogo que puso á su *Diario histórico* al donarlo al gobierno nacional: «Cuarenta años van á cumplirse despues de concluida esta obra del Diario histórico del Sitio de Montevideo, — dico, — escrita día á día por mí, en la actualidad y en presencia de los sucesos; y posteriormente corregida y aumentada. Las diversas guerras que despues de aquella época ha sufrido el país y las largas conmociones políticas que le han agitado, han sido un obstáculo á su publicacion, que además no sería muy dispendiosa. . . Hoy que la República mira restablecida y afirmada su tranquilidad y vé en perspectiva un porvenir de progreso y de union; hoy que ha obtenido del gobierno constitucional que rige sus destinos, la honorífica

jubilacion de mi empleo de Tesorero general que muchos años he servido, he querido hacer á la Patria la donacion de mi pobre obra, fruto no bien sazonado de mi primera juventud; para que, ocupando un lugar en la Biblioteca Nacional, sirva como de repertorio á los curiosos que quieran enterarse de los detalles, incidentes y sucesos diarios, de aquel memorable sitio llamado de los *veintidos meses* . . . El ilustre guerrero y patriota, Presidente actual de la República, se ha dignado aceptar con distincion honorífica mi ofrenda dedicada á la Nacion; mandándola colocar en la Biblioteca *en lugar preferente*; mientras llega la oportunidad de darla á la luz pública.»

¿Será necesario decir, que ni aquel *ilustre guerrero y patriota* ni los demás que le han sucedido, encontraron hasta hoy esa oportunidad con que el poeta soñaba, cuando viejo y achacososo, depuso á los pies de la patria que tanto había amado, las primicias de su juventud aventurera y entusiasta? Pero de todos modos, lo que cumple á nuestro propósito demostrar, queda demostrado sin réplica. No tenía Figueroa malignidad crónica de espíritu, no le movía la vanidad ni le atormentaba la envidia. Sus sátiras, que por otra parte son en la casi totalidad impersonales, provenian más bien de resábidos de escuela que de malevolencia propia. Además, todas las que se refieren á asuntos políticos entroncados con las contiendas civiles de su tiempo, llevan en los originales una marca, indicacion de que no se publiquen. Tantas precauciones, denuncian un corazon escento de rencores.

Sin embargo, hay en la humildad de su resignacion un fondo de amargura que no pasa inapercibido á la mirada escudriñadora de la crítica, y que es como un reproche con que el poeta castiga la indiferencia de sus contemporáneos. ¿Qué diría si supiera que se le mira hoy con más despogo que ántes? Probablemente una sonrisa burlona interpretaría su opinion sobre esta época presuntuosa que á todo trance quiere falsificar títulos, para entrar en la historia con el de erudito y amante de las letras. Porque si nunca como ahora, hubo mayor comercio de papel y tinta en la República, tampoco la fiebre de escribir y disertar proporcionada á tan extraordinario consumo, dió en ningún caso muestra de persistencia más ineficaz que en nuestros días. Ligeramente atavizados y como para descargarse de un caso de conciencia, lanza la prensa diaria, único libro que leen con gusto los uruguayos, multitud de trabajos de corto aliento, anónimos ó firmados, festivos ó serios, rabio-

sos ó bucólicos, recorriendo todos los tonos del teclado del sentimiento, desde el idilio hasta el canto épico: y narrando en todos los géneros permitidos á la composicion, desde el melodramático que espeluzna, hasta el chismográfico que tambien es un género y forma una escuela de las más divertidas, segun el comun sentir de los aficionados á él.

Esta abundancia de produccion literaria, que se asemejaría á un movimiento si no fuese un barullo, tiene sus conatos de apuesta y forcejea por salir del dia, con tal de ocupar la atencion pública una hora y extasiarse en el goce inocente de haberla sacado de sus habituales quehaceres, con ocasion de proporcionarla un solaz intelectual, que para los lectores gratuitos de diarios se trasforma en solaz, supuesta la necesidad de leer á la intemperie el número que cada imprenta pega á su pared respectiva. Pero así como es de breve el espacio que se dedica á la lectura indicada, así es tambien de fugaz la impresion que ella deja en el ánimo de sus apasionados. Aquel que por la mañana leyó junto con cuatro ó seis artículos contra el Ministerio y las Cámaras, dos ó tres composiciones literarias en prosa ó verso, á la tarde lo tiene todo olvidado, ménos, seguramente, lo que concierne á los ministros y diputados, que eso no lo olvida nadie en este país tan desmemoriado para otras cosas.

De manera que la literatura, escepcion hecha de unos pocos que toman el asunto en sério, viene á ser para la generalidad un entretenimiento inofensivo, á que toda persona medianamente educada está en el caso de contribuir para diversion propia y del vulgo; mientras los literatos, que forzosamente deben prestarse á mantener viva tan singular inclinacion, han de estar prontos á llevar la delantera á todos, con el fin de conservar el entusiasmo de las masas. Por supuesto que en estas condiciones, el anónimo es circunstancia requerida para mejor efecto de lo que se escribe; porque todo nombre propio, sobre dar ya carácter personal á las ideas emitidas, no deja en el ánimo aquellas dulces ambigüedades de la duda, que se prestan á atribuir caritativamente la composicion, si es mala, al primero que ando en desgracia con la opinion corriente; y si es buena, no á su autor, sino á otro cuyo crédito se empuñen las gentes en levantar.

Semejante conducta vigoriza esa medida, por decirlo así de órden público, que estableco para la produccion literaria un proceso de nulificacion tan regular como uniforme, siendo por lo tanto ob-

vio que Figueroa haya caido dentro de *las generales* de la ley vigente, siquiera por razon de oficio y achaques de consanguinidad. Lo imperativo del mandato, empero, no llega hasta cerrar el paso á un discreto y natural curioso; de modo que sin ofender las susceptibilidades de la época ni quebrantar sus exigencias disciplinarias, puede un mortal atreverse á ensayar el estudio de las producciones del viejo poeta y hasta aventurarse á abrir juicio sobre ellas. En tal supuesto y habiendo hecho ya lo primero, aprovechemos la oportunidad y el permiso para concluir por lo último.

En la formacion de las nacionalidades, el primitivo arranque que constituye un hecho material, lo tiene la fuerza, conquistando la porcion de tierra que una raza necesita para vivir independiente. Pero la sancion moral del hecho, su perpetuidad adquisible en la region de las ideas, lo provocan las letras, historiando, comentando, justificando la espropiacion de aquello que el heroismo arrebató en el campo de batalla. Entran pues, en toda operacion de esta magnitud, como elementos esenciales y recíprocamente complementarios, la fuerza que anonada y la que levanta el ánimo, la que se impone sin dar razon de su autoridad, y la que busca la autoridad del espíritu para explicar la razon de sus actos. Planteada así la cuestion — que tampoco puede plantearse de otro modo — en el caso concreto de nuestra independencia nacional, Artigas y sus compañeros, Lavalleja y los suyos, son la fuerza inicial, la causa generadora de nuestra existencia libre; y Figueroa, es la fuerza moral propagadora de las escelencias de ese hecho. Aquellos en las armas y éste en las letras, complementan el acto, entregándolo á la posteridad rodeado del esplendor del heroismo y garantido contra el olvido de los hombres.

Y aquí no hay hipérbole. En todas partes del mundo aconteco, que las letras salvan del olvido á los pueblos y á sus héroes. ¿Quién sabria hoy nada de unos cuantos reyezuelos oscuros de la antigua Grecia disputándose una ciudad más oscura aún llamada Troya, á no ser por Homero? Pues en la misma línea de probabilidades, nosotros no tendríamos el pensamiento auténtico de lo pasado á no haber existido Figueroa para trasmitirlo á la posteridad, con todo el sabor de simpatía ó tirria, de entusiasmo ó desencanto que inspiran los acontecimientos ocurridos en el país natal, á sus propios hijos. Apartando pues, toda otra consideracion sobre mérito literario, desde luego Figueroa tiene el muy grande de haber sido el fundador de nuestra literatura.

Los defectos de carácter con que su personalidad se destaca, no amenguan en nada los títulos que tiene conquistados á la gratitud pública. Porque si escepcion hecha de los portugueses, cantó á todos los mandatarios desde Carlos IV hasta Berro, y aplaudió á todas las situaciones segun les soplaban el aura velciosa de la popularidad; debe tenerse presente que vivió en los tiempos más difíciles que el país haya tenido, trabajado su ánimo por inquietudes sin cuento, y sin poder formarse un criterio acabado en materias políticas que nunca constituyeron el fuerte de sus miras. Educado bajo la dominacion española y en el gremio aristocrático que era el nérvio de la sociedad colonial, se encontró perdido y aislado luego que la Revolucion le arrancó de aquellos vínculos, para lanzarle en medio de una sociabilidad dislocada por banderías irreconciliables, que trastocaban las profesiones y los papeles, convirtiendo en hombre político y en soldado á todo ser viviente, y exasperando los ódios por la culminacion de responsabilidades que dictaba sin réplica el capricho de los partidos. Pero nunca su pluma se vendió al que más diera, ni su estro se cebó en la desgracia del hermano vencido; que en él las veleidades fueron flaqueza de ánimo, y no manantial de lucros y provechos.

De cualquier punto de vista que se miren sus cambios de opinion con respecto á los hombres, contéplase íntegro en el fondo su amor á la patria, cuya suerte lo preocupó siempre, en la buena como en la mala fortuna, sin reticencia que deje lugar á la duda. No se explica de otra manera su dedicacion incansable al estudio, que ninguna compensacion brillante podia darle, á menos que no fuese la esperanza de deponer sus frutos, dentro de las perspectivas de un porvenir lejano, en el altar literario que pudieran levantar generaciones que no habian nacido. Y bajo los nobles dictados de esta aspiracion, no cabe duda que trabajó sus mejores obras, trazando de paso algunas de las pocas líneas artísticas que presenta el cuadro histórico de su tiempo, ó implorando con ellas una justificacion de su persona, digna de no pasar inapercibida entre el torbellino de tantos sucesos. La posteridad le tendrá en cuenta, debemos esperarlo, servicios tan señalados; y cuando suene tranquila y vibrante la hora de las grandes recompensas nacionales, su estatua se alzaré entre las de los más ilustres soldados de la Independencia, porque él también contribuyó á conquistarla.

En otro sentido, la generacion actual tiene mucho que aprender de este poeta, cuyas facultades intelectuales disciplinadas en profun-

dos y clásicos estudios, le dieron fuerza para mantenerse solo en la escena, á despecho de la intransijencia de una época reñida con toda especulacion literaria. No que nosotros pertenezcamos exclusivamente á ninguna de las escuelas que hoy se disputan el campo en el mundo, pero sería futilidad negar, que son esfuerzos vanos los de aquellos que luchan por producir algo notable, debatiéndose contra la pobreza de un bagaje vacío, y meramente confiados en los prodijios de una imaginacion calenturienta. Si Figueroa se hubiera encontrado en este caso, sus producciones no habrían rayado más allá de lo que rayaron las de Valdenegro y otros payadores, de cuyos vestijios se encuentra alguno que otro rasgo en el *Parnaso Oriental*; pero precisamente les superó y se impuso, porque tenia ligaduras de sobra con que mancartar á *la loca de la casa*, para conducirla en vez de dejarse conducir por su capricho.

Propiamente no pertenece Figueroa á una escuela determinada, pues si bien clásico por sus estudios, aparece eclético en el curso de su vida, tomando asunto para la inspiracion doquiera que pudo encontrarlo. Realista en las *Toraidas*, romántico en algunas de sus composiciones amatorias, vació en forma clásica sus poesías religiosas y muchas de las festivas y satíricas. Esto demuestra que el estudio no es jamás un obstáculo á las disposiciones del ánimo, sino que las afina y temple, corrigiendo los estravíos idiosincrásicos, pero nunca matando las vocaciones características. También cuando es concienzudamente hecho, tiene el estudio la ventaja de no inducir la inteligencia á imitaciones serviles, sino que facilitando la asimilacion, da al poeta y al escritor, fuerza de estilo, vigor de expresion, riqueza de imágenes, y en suma, un lote precioso con el cual visto sus ideas sin plajiar las ajenas.

De estas condiciones, digámoslo por comprometido que sea enunciarlo, carecen en su mayoría los literatos uruguayos. Nuestra literatura no es todavía lo que puede llamarse una literatura nacional. Subyugada por la autoridad de los modelos del romanticismo europeo que ella se ha dado, sus producciones se asemejan más bien á una planta de invernáculo mañosamente conservada por el artificio, que á la flor lozana, de nacimiento espontáneo, cuya vida se vigoriza por los ardientes rayos del sol. Ese espíritu de imitacion tan pronunciado, y esa escaséz tan grande de verdadera originalidad, es lo que postra á las letras uruguayas, pues las obliga á falsificar el sentimiento nacional, lanzándolas en las corrientes de una inspiracion ajena á los deseos populares. El pueblo que no se

vé retratado, ni se siente aludido en sus instintos por los poetas ó los prosistas que se dicen sus hijos, les abandona á la indiferencia pues ni los entiende ni lo conmueven. Condenado á escuchar decepciones mentidas, ó cánticos triunfales á episodios que no conoce, mal se aviene á discernirles un aplauso que sólo podría arrancarle la interpretación de sus sentimientos propios, el culto de sus héroes, la traducción de sus aspiraciones íntimas.

La poesía, sobre todo, vive una vida precaria en el país por excelencia poeta. Nuestros bardos—hablamos de los románticos puros—se admiran de encontrar el vacío á su alrededor, después que han preludiado en su lira magníficas reminiscencias de Byron, Víctor Hugo y Lamartine; pero no caen en cuenta que ese vacío es hijo de la ausencia de toda solución de continuidad entre el sentimiento del que canta y el alma de los que escuchan. Es necesario el cielo nebuloso de la Inglaterra y la opulencia de un lord desencantado, para entender á Byron; Víctor Hugo requiere frente á sí un pueblo oprimido y un Bonaparte, para que sus inspiraciones conserven todo el vigor de la oportunidad; y el cortejo de Lamartine deben formarlos dos grandes aspiraciones contrariadas, á saber: los recuerdos monárquicos de la infancia y las esperanzas republicanas de la virilidad, batallando sobre un espíritu destrozado por la duda. Transportar pues, semejantes escuelas literarias que traducen la situación típica de sociedades envejecidas, al seno de un pueblo joven; pastor y andariego en su mayor estension; belicoso y aventurero por la naturaleza de su condición profesional, varonil por sus ejercicios, creyente por su mocedad; es un error craso.

Destacando á Magariños Cervantes que ha hecho algunos esfuerzos dignos de loa por nacionalizarse, y á Zorrilla de San Martín que después de darnos en su *Leyenda Patria* la profesión de fe patriótica de la generación actual, nos promete con *Tabaré* el arquetipo del poema épico uruguayo, los demás hombres de reputación formada, han desdeñado inspirarse en motivos que crecen bajos, ó los han desnaturalizado al versificarlos; y si algunos jóvenes hacen tentativas hoy para dar á la inspiración poética un giro nacional, ni esa empresa ha pasado los límites de cuadros campestres en los cuales se pone en boca del gaucho una gerigouza que él no habla, ni el público ha protegido tales manifestaciones que cuando ménos anuncian las primeras armas en favor de una independencia literaria. El estacionamiento de nuestra poesía

pues, es un hecho evidente, que se constata con la lectura de nuestros mejores poetas: la forma y el fondo de sus producciones, el sentimiento que las dicta, y hasta el ideal á que aspiran, no es nuestro. Buscad en medio de todos esos versos, un destello del heroísmo clásico de los charrúas, ó del ínsia de libertad que fermenta en el espíritu del gaucho, ó la reminiscencia del sordo rotumbar del Océano que baña nuestras costas, ó la impresión causada por el aspecto de los desiertos campos cuyo vacío interrumpe alguna cruz que indica el sepulcro de un semejante, ó la aglomeración de piedras que denuncian un campamento prehistórico; buscad, que buscaréis en vano. Hermosos versos, bellas armonías, cadencia, inspiración, todo eso encontraréis; pero en todo eso echaréis de ménos á vuestro país que no es el que os pintan.

La importancia de Figueroa está precisamente, en que es uruguayo siempre. Hay algo local, característico, peculiarmente nuestro, en su estilo, en sus giros, en todo lo que ha producido. Sobre sus páginas parece advertirse el reflejo, ó la estratificación, si así se puede decir, de lo que nos es más habitual y querido. Son nuestros conocidos, nuestros amigos, nuestras costumbres, nuestras velocidades, nuestros devaneos los que pasan al través de esos millares de versos suyos, que leeremos con mayor ó menor buena voluntad, pero que no podremos dejar de leer una vez emprendida la tarea de hojearlos. Lástima grande que el aserto no pueda ponerse á prueba por todos, supuesta la reclusión á que se hallan condenadas las obras del poeta; pero si á reparar tamaña injusticia pueden contribuir en algo estas líneas, recíbelas! ¡oh maestro! como un tributo merecido á tu memoria!

## La carta geográfica de la República y el área del territorio (1)

POR DON FRANCISCO J. ROS

(Agrimensor)

Consideraciones geográficas -- Nuestra carta -- Área del territorio -- Contradicciones estadísticas -- Nuestra carta y las cartas (brasileras -- Archivo geográfico -- Contribucion Directa -- La carta geográfica es agente de inmigracion.

Cuando tanto se ha hablado y se habla de la diferencia de área territorial, asegurándose la existencia de una cantidad mucho mayor que la asignada por datos oficiales á la superficie de la República; justo es, que tratemos de saber si realmente existe esa diferencia y cómo se esplica.

Es materia digna de análisis, porque representa un gran dato económico que ha de servir de base para lanzarse á la práctica del prodicado arreglo territorial.

Estudiemos pues, la cuestion, aunque para eso divaguemos un tanto, puesto que, el estudio de nuestra carta geográfica nos conduce á ello.

La carta de un país es el primer dato fisico-geográfico que de sí puede dar una nacion para que el extranjero forme idea de su topografía y situacion.

En ella se manifiesta su posicion relativa con el resto del mundo, mostrando los grados de longitud y latitud que comprendo y en que se halla comprendida.

Su formacion orográfica revela sus ondulaciones y sus planicies, así como su sistema hidrográfico, el riego de su territorio y las condiciones de sus costas.

(1) Este artículo puede considerarse como tercer capítulo del *Estudio sobre tierras publicas* que el autor comenzó á publicar en las columnas de *La Revista Forense* y que continuará en todo lo que armonice con los propósitos y caracteres de *La Revista*.

El trazado de la viabilidad arroja idea de su movimiento interior y demuestra la mayor ó menor facilidad para las comunicaciones y la concurrencia de los productos á los mercados.

La situacion y determinacion de los pueblos, indican los centros de poblacion y demuestran por su número y posicion las regiones más ó menos importantes ó felices.

En suma: — la carta geográfica es el reflejo físico-económico de un país.

En ella estudia el geógrafo sus ventajas topográficas, y el estadista la utilidad que pueden reportar.

De aquí que, desde largos años, las naciones del viejo y del nuevo mundo, tanto se preocupen de formar y perfeccionar sus cartas.

De aquí el deseo de reconocimientos interiores, practicados muchas veces, con admirable perseverancia y con sacrificios inauditos.

Las fuentes del Nilo buscadas con afan en medio de peregrinaciones peligrosas y fatales, para con un estudio parcial revelar las condiciones físicas de esa misteriosa region;

Serpa Pinto, el infatigable explorador portugués, atraviesa el Africa sufriendo los crudos rigores del clima y la hostilidad de los indígenas para dar á la geografía un dato del interior del continente africano;

Año por año, las frias regiones polares son la tumba helada de intrépidos descubridores que quedan sepultados bajo los gigantes monolitos de sus hielos, sin poder arrancar al polo el secreto de su centro; dato caro para la ciencia geográfica, caro por los martirios que para revelarlo impone.

La geografía es un martirologio. Cada revelacion cuesta un sacrificio ó es una tragedia.

Los caudales rumorosos que serpentean entre las perfumadas selvas de América, las costas bañadas por el férvido oleage de los mares, los bancos que amenazan el hogar flotante del marino, podrían señalarse con un asesinato, una cruel peregrinacion ó las angustias de un naufragio.

Desde Solis hasta Creveaux, es largo el martirologio que en estas regiones registra la historia geográfica de América.

Esto en cuanto á la geografía física

Y la geografía política?

Ah! no es menos cruenta su historia: — es la historia de cada país.

Luchas tremendas, sacrificios heróicos, para constituir el derecho de sus límites señalados ó impuestos al fin con la punta de la espada de un vencedor ambicioso, ó el lápiz de la diplomacia más ó menos patriota ó sagaz.

Después — fatigosos trabajos geodesicos, entorpecidos ó complicados arteramente, por el juego ó la astucia de alguna de las partes, haciendo el último esfuerzo por adquirir ventajas al ver bosquejarse la fisonomía geográfica de su país.

Y esto lo sabemos demasiado bien.

Tres veces en menos de un siglo, hemos visto alterar la forma geométrica de nuestro territorio.

La hijuela de nuestra madre política ha sido traducida según las conveniencias del más fuerte, y al fin, el lote de nuestro patrimonio determinado en 1777, no es hoy más que el mísero residuo de la herencia que debíamos recibir según el tratado de San Ildefonso.

Largos años estuvo indecisa la República sobre su forma territorial. Su descripción geográfica habíase tornado un problema. El tratado de 1852 vino á resolverlo, si bien que no con arreglo á nuestros derechos y justas pretensiones, — al ménos, — para llenar una exigencia político-geográfica.

Era necesario saber definitivamente hasta donde debía estenderse nuestra soberanía territorial; y la Comision de límites, vino á traducir geoméricamente la convencion diplomática que resolvió el problema á la *luz de su criterio*.

Desde entonces nuestra forma geográfica dibujada al Norte por la mano hábil y adiestrada de los Braganzas y autorizada por *nuestros diplomáticos*, se halla consignada en el mapa general de América; y nuestra carta geográfica muestra al extranjero la forma y tamaño de la República Oriental del Uruguay.

Ese documento geográfico se halla suscrito por el General de Ingenieros D. José M.<sup>a</sup> Reyes y nos sirve hasta hoy como dato de comparacion geográfico-económico.

No es pues, extraño, que la importancia de ese documento absorva la atencion de los que se preocupan de nuestras cuestiones económicas y que la investigacion conduzca al análisis.

Indudablemente, el General Reyes, dada la época de sus trabajos y el reducido personal científico que entonces había en el país, realizó un trabajo inmenso, organizando y condensando los datos geográficos que existían y aumentándolos considerablemente con

trabajos propios; formando con todos, la carta geográfica de nuestro territorio, en la que demuestra gran laboriosidad, excelente criterio y mucho estudio de estas regiones.

Entonces el reconocimiento interior del país era sumamente vago; hacerlo científicamente para determinar con precision sus condiciones orográficas ó hidrográficas, hubiera sido empresa superior á la época. Sin embargo, el grado aproximativo que revela muestra el gran tino que tuvo el general Reyes para consignarlos en su carta.

Con todo, como es natural, la subdivision de la propiedad en los años transcurridos, y la infinidad de reconocimientos parciales hechos con ese motivo, han venido á demostrarnos que si bien nuestra carta es excelente, teniendo en cuenta lo espuesto, exige modificaciones que corrijan los defectos que necesariamente han tenido que notarse.

En primer lugar, el área territorial, dadas las operaciones topográficas que se han realizado, no parece ser tan diminuta como la que arroja la carta.

Las mensuras practicadas en estos últimos tiempos en los diversos departamentos del país, esponen en general diferencia por escaso con las áreas asignadas en los títulos.

Puédese, sin gran exageracion, apreciar esos aumentos en un término medio de 15 por ciento.

Además de esto, hay grandes estensiones que no se aprovechan y de las cuales no se conoce el área.

La contradiccion de algunos datos de estadística departamental, con los datos oficiales, manifiestan tambien por su parte, la certidumbre de mayor estension territorial.

Para justificar esa opinion, vamos á particularizar nuestra observacion. Pluralizar sería árdua y muy cansada tarea.

Elegiremos el departamento de Maldonado, comprendido el de Rocha.

Segun la memoria de la Comision E. Administrativa de ese departamento, publicada en 1879 (en la pág. 147), señala para las 13 secciones policiales, una área de 2:196.819 hectáreas 31 áreas 32 centiáreas, equivalentes á 827 leguas; arrojando por consiguiente una diferencia de 245 leguas con la que le asignan nuestros datos oficiales, señalándole 572 leguas de superficie.

Ignoro la fuente de donde haya la Comision Económica tomado ese dato, pero es lo cierto, que se aproxima más á la verdad que el de nuestra estadística oficial, y me fundo en que, si se tienen en cuenta las mensuras practicadas por el que suscribe y por sus colegas don Zoilo y Jaime Joanicó — don Tomás A. Barrios— don Máximo Amorin y don Adolfo Reis, esas solas mensuras, arrojan una área sinó tan grande como la que asigna el dato oficial para el todo, por lo ménos muy aproximada; y sin embargo estas mensuras no comprenden ni la mitad de ese departamento.

Esta es una observacion irrefutable y juiciosa que autoriza para afirmar que la Comision Económica de Maldonado, supo apreciar muy aproximadamente la superficie de su Departamento.

Y sin embargo, el litoral de ese departamento como todo nuestro litoral, está bien determinado. Los trabajos de Oyarvide, de quo en esa parte se sirvió el general Reyes y que se ven en detallo en el tomo 7.º de los tratados de la América latina, por Calvo, han sido comprobados con trabajos hidrográficos posteriores, que confirman su exactitud. Entre otros, pueden citarse los estudios hidrográficos del almirante Lobo.

Podrá haber alguna diferencia en las sinuosidades de las costas, entre los puntos que han sido determinados geográficamente, pero, esas diferencias jamás llegarán ni remotamente á la mitad de la que hemos apuntado.

A nuestro juicio, la diferencia territorial de esa zona se explica por la mala determinacion de sus límites interiores. La falta de precision geográfica de esos límites es lo que ha traído el error de área.

El Departamento de Maldonado es más ancho de lo que indica la carta geográfica, segun la cual en su mayor anchura, no excede de unas 18 leguas, sin embargo de tener en muchos puntos más de 20.

Lo que sucede con el Departamento de Maldonado, se verifica á nuestro juicio con todo el país. Creemos que el litoral está bien determinado, ó que por lo menos, las diferencias de sus sinuosidades no son en manera alguna capaces de producir la diferencia de área que suponemos. Creemos pues, que así como el Departamento de Rocha tiene mal situado sus límites en la carta geográfica, el país tiene mal situada en la misma, la frontera con el Imperio.

Sus dos puntos extremos, es decir, la barra del Chuy al Este y la barra del Cuareim al Oeste, los consideramos bien determinados.

Nuestro perímetro territorial ha sido rectificado en sus tres cuartas partes, á escepcion de la frontera Imperial que es la que suponemos mal dibujada en la carta.

Prescindiremos del momento y circunstancias políticas de la época de su determinacion. Para esta tarea sería necesario comparar la traduccion real de los convenios á la luz de los documentos públicos y privados que sirvieron de base para esa determinacion.

Tomemos las cosas como están, ya que como ha dicho el doctor Perez Martinez « *no nos es dado penetrar todos los misterios en que se envuelve al respecto nuestra diplomacia* » y concretémosnos á estudiar el asunto bajo el punto de vista puramente geográfico y á la luz de la simple observacion.

Para esto comparemos nuestra carta con las de la Provincia de Rio Grande, haciendo notar que el imperio, en esa Provincia, nos ha adelantado mucho en trabajos sobre su carta. Parece que el Brasil ha tenido especial cuidado en determinar con la mayor aproximacion las condiciones geográficas y topográficas de esa provincia.

Existen sobre nuestra frontera ó muy próximos á ella, varios puntos de importancia, que por lo mismo deben los brasileros haberlos determinado con exactitud. Esos puntos son entre otros, los pueblos de Bagé, San Joáo, San Diego, Santa Tecla, etc.

Si nos fijamos en su posicion geográfica, atendiendo sobre todo á su latitud que es la que más nos interesa, veremos que tanto en las cartas de la Provincia de Rio Grande, como en la nuestra, no se diferencian en nada.

Tomemos para la comparacion las cartas de Mendez de Almeida y del doctor Guillermo Hühm, pero digamos qué grado de autoridad puede concedérsele á esas cartas.

Para la primera, suscrita por Mendez de Almeida, se han tenido en cuenta los siguientes antecedentes:

1.º Carta de la Provincia por el Visconde de Villiers d'Ille (Adam Rio Janeiro 1851).

2.º Carta del Brasil Meridional por el doctor G. Hühm (Ilamburgo 1858).

3.º Mapa de la Provincia de San Pedro y provincias adyacentes limítrofes 1843.

4.º Mapa topográfico de la Provincia de Rio Grande del Sud, que contiene las principales colonias, *division de límites con los estados vecinos* etc. (Lóndres, litografía de Maclare, Mac Donal, sin fecha).

5.º Mapa del Sud del Imperio y países limítrofes, organizado según los trabajos más recientes por los ingenieros civiles H. L. dos Santos, Warneck, y C. Krauss (Rio Janeiro 1865).

6.º *Mapa demostrativo de las divisas de Bagé, Piratiní y Yaguaron*, organizado á pedido de la Municipalidad de Bagé, sobre los trabajos del Teniente Coronel de Ingenieros J. M. Percyra de Campos y el ingeniero civil Felipe de Norman (Rio Janeiro 1860).

7.º *Carta geográfica del Estado Oriental del Uruguay que para servicio del mismo, levantó el coronel de Ingenieros don J. M. Reyes 1846 (Rio Janeiro 1852).*

8.º *Planta geográfica de la ciudad de Montevideo y parte de las inmediatas, demarcando las fronteras con el Brasil, por el ingeniero geógrafo don Joaquín Soto García de la Vega, año 1853.*

9.º *Carta Geográfica de la República del Uruguay por el general de Ingenieros don José María Reyes (Paris, sin fecha, pero se supone de 1860).*

10. Nuevo Mapa del Rio de la Plata y países vecinos por Mr. A. Brué.

11. Mapa del teatro de la guerra actual, acompañado de la Provincia de Rio Grande, Uruguay etc., revisado por el ingeniero don Francisco Ravo (1865).

12. Nuevo Mapa de las provincias que forman la Confederación Argentina y la República del Uruguay etc., levantado y corregido sobre los documentos más auténticos y modernos y las exploraciones hechas en estos últimos años (1863, sin nombre).

13. *Carta del Rio de la Plata y Brasil meridional desde la Isla de Lobos hasta la barra de Tamanduy levantado de 1856 á 62 por Moncher (Paris 1864).*

La segunda suscrita por el doctor Guillermo Huhm, ha sido levantada con vista de los documentos del archivo geográfico brasilerero, cuya importancia nos revela el catálogo que hemos transcrita para el levantamiento de la Carta de Mendes de Almeida.

Son pues, dos cartas geográficas dignas de tomarse en consideración para compararlas en lo relativo al límite comun con nuestra carta del general Reyes.

Nosotros no podemos oponer igual catálogo.

Nuestro archivo geográfico es muy pobre; más que pobre indigente.

¡ Cuánta despreocupación revela esto, — cuánta incuria por nuestra parte! . . .

¿ Qué tenemos para consultar, además de nuestra carta geográfica?

¿ Dónde está el original de esa carta? — ¿ dónde el detalle de las operaciones geodésicas del año 1852, en que se determinó el límite Norte?

¿ Dónde está la carta del Coronel Reyes de 1846?

¿ Dónde la carta de demarcación de fronteras con el Brasil publicada en 1853 por el ingeniero geógrafo don Joaquín Soto García de la Vega?

¿ Dónde están?

Ah! — triste es confesarlo: — están en el archivo Geográfico de Rio Janeiro!

A nosotros no nos ha quedado más que la carta del general Reyes editada en Paris, y los manuscritos de Cabrer sobre los trabajos de las comisiones Española y Portuguesa.

En qué deplorables condiciones se encuentra la República para tratar de sus límites á la luz de documentos históricos; — y sin embargo, cuán rico debia ser su archivo!

¿ Cuánto se ha preocupado el Brasil de enriquecerse de esos documentos relativamente á esta pequeña República, y que poco nos hemos preocupado nosotros de conservar los nuestros, relativamente á un tan poderoso vecino!

Pero dejemos estas tristes y vergonzosas consideraciones.

El año 52 pasó ya refugiándose en la cronología de la historia, para esperar de la posteridad su justiciero fallo; y sólo nos queda de su pasaje, un recuerdo internacional en el Norte del país, que señala el límite de nuestra soberanía con la soberanía del Imperio. Allí quedó desde la barra del Chuy, hasta la barra del Cuarcim.

Allí quedó por las orillas occidentales del lago Merin, cuyas aguas esclavizadas á la esclusiva servidumbre del Imperio, protestan ruidosas de los artículos 1 y 2 del tratado de límites de 1852!

. . . . .

Comparemos las cartas:

Los extremos Este y Oeste de la línea de frontera determinados por la barra del Chuy y del Cuarcim no ofrecen diferencia.

Los meridianos de San Diego, Santa Ana, San Gabriel, Bagé,

Santa Tecla, San Joáo, Montevideo, San Eugenio y otros, cortan la frontera en las cartas brasileras á menor latitud que en la nuestra, ofreciendo diferencias á nuestro favor para el cálculo, de hasta 12 minutos, ó seau 12 millas, iguales á cuatro leguas!

Vemos pues, que un simple estudio sobre nuestra carta geográfica comparada con la de nuestros vecinos, nos dá diferencias de latitud que llegan hasta representar 4 leguas, lo que afecta el área del territorio en la carta, de un modo considerable para disminuirla.

Esto, agregado á que el cálculo de la superficie ha sido gráfico necesariamente, puesto que no consta que se hayan practicado triangulaciones, ni una mensura parcelaria general, nos esplica acabadamente la diferencia de mil y más leguas que desde largo tiempo se vienen pregonando.

El país tiene realmente una superficie mucho mayor que la que le asigna el dato oficial.

Las observaciones que hemos apuntado, lo comprueban sin refutación.

No es pues aventurado creer que nuestro territorio tiene próximamente 9000 leguas cuadradas de superficie como ya otra vez lo hemos indicado.

Este dato no debe pasar desapercibido á nuestros estadistas, porque él pone de relieve un punto económico sobre impuestos de Contribucion Directa, y arroja bastante luz para apreciar su producto.

La índole de este trabajo no nos permite entrar á examinar este importante punto y nos limitaremos á ponerlo en evidencia para encarecer su importancia.

Dice el doctor Iseua y Barbat, en su tesis para obter el título de doctor en Jurisprudencia (pág. 16).

« La declaracion de los contribuyentes hace perder al fisco una » buena parte de la renta anual, ocultando casi un 20 p.º de la » estension verdadera de las tierras. Hoy sólo pagan al fisco 7832 » suertes de campo de pastoreo ó sean 21:146.400 cuadradas y 456.865 cuadradas de tierras de labranza, ó sea » un total de 21:603.265 cuadradas y siendo la superficie » total de la República de 7038 leguas cuadradas ó 25.336,880 » cuadradas, resulta que escapan al impuesto 3:733.535 cuadradas que al precio de cinco pesos cuadra, son : 18:667.675 pesos.

« Es decir, que el fisco pierde al 5 y medio por mil 102.670 \$.» Muy juicioso y muy claro nos parece el raciocinio del Dr. Barbat para demostrar que el Estado pierde anualmente 102.670 \$ en

la renta de la Contribucion Directa, pero el Dr. Barbat ha tomado como base para mostrar esa detentacion del impuesto, una área de 7.038 leguas para todo el territorio.

¿ Cuánto mayor no se presenta el capital detentado, si se toma como base el área de 9000 leguas que no puede desecharse, pues está en la mente de todos que la superficie del país no tiene una pulgada ménos!

Hagamos la diferencia.

Segun la tesis del Dr. Barbat pagan Contribucion . . . . .	21:603.265	cuadradas
Area que suponemos al país: 9000 leguas ó sean . . . . .	32:400.000	»
Diferencia en cuadradas que escapan al impuesto.	10:796.735	
Que al precio de 5 \$ cuadra son . . . . .	53:983.675	\$
Es decir que el fisco pierde al 5 1/2 por mil.	296.910	»

Estos guarismos son demasiado elocuentes para que puedan escapar á la atencion del estadista y ellos han de conducirlos, entre otras [investigaciones, á la de la moralidad en la percepcion del impuesto que tan mal parada parece quedar ante la inexorable presencia de estas notas que con severo gesto acusan una detentacion injustificable.

Hasta aquí en cuanto al área.

Volviendo á la carta geográfica.

En cuanto á la determinacion orográfica é hidrográfica, tambien se notan errores que aconsejan la necesidad de una reforma, pero no una reforma empírica hecha por el primero que se le ocurra modificarla á su modo, aumentándola con errores hasta de sentido comun como ha sucedido hasta ahora.

Ni tampoco como parece que se pretende, dándole autorizacion oficial en el hecho de votar las cámaras un aumento de pension al sargento mayor Monegal que la solicitó con ese fin.

Esas reformas, cuando se decretan, se encomiendan á un cuerpo científico competente y con representacion bastante para realizarlas. Entre nosotros ese cuerpo científico es la Direccion de Obras Públicas, única á quien el Estado debe encomendar obras de esa magnitud; y eso mismo, despues de saberse si pueden ó no hacerse ya.

Entre tanto la carta será reformada y la reforma llevará el carácter de oficial porque la nación es quien la paga.

*¡Oh tempora oh mores!*

Decíamos que nuestra carta bajo el punto de vista orográfico ó hidrográfico necesita reformas, — porque en nuestro país no existen las vastas planicies pampeanas que en ella aparecen en el Departamento de Tacuarembó.

Ni los inmensos esterales que dan fisonomía al Chaco como parecen existir en el Departamento de Rocha.

Ni la simplicidad con que aparece la red de caudales que riegan el territorio.

Nuestro país mirado desde la altura como debe suponerse en una carta geográfica, presenta el panorama más encantador que país alguno de estas regiones pueda ofrecer.

La forma geométrica proporcionada, manifiesta la facilidad de irradiar desde su centro y en todas direcciones, la salida de sus productos para los mercados del litoral y de la frontera imperial.

La ondulacion del suelo en todos sentidos y en todas las proporciones, acusan las condiciones salutíferas de su atmósfera, desde la leve cuchilla, hasta la alta y escabrosa serranía, formando en sus caprichosos *talwegs* risueños y numerosos valles.

Infinitas, innúmeras vertientes que descendiendo de las cumbres y las crestas bajan serpenteando y multiplicándose en todas direcciones, confluyendo unas en otras, aumentando su tamaño y su caudal al juntar sus aguas, limpias, bulliciosas y veloces por las rápidas pendientes, hasta llegar á los llanos, para despues convertirse en rios magestuosos, que resbalan por las curvas perezosas de alveolos cavados por el eterno trabajo de sus fuerzas mecánicas que la industria ha de explotar, y por la influencia química de sus componentes y afinidades con el suelo;

Bosques vírgenes, cargados de perfumes, sombreando las quebradas, los bajos y las corrientes, neutralizando la agreste perspectiva de los despeñaderos de las sierras, y cuya numerosa calidad y cantidad de especies han de catalogarse en nuestra flora, para que la industria moderna pueda aprovecharlas en sus múltiples aplicaciones.

Lagos de aguas límpidas y quietas, semeando espejos colosales, destinados á mirarse en ellos las estrellas, hasta tanto que no re-

flejen sus cristales las construcciones que necesariamente han de levantarse en sus orillas para explotar sus ventajas.

Ensenadas y puertos en los litorales, ofreciendo refugio cariñoso al navegante de nuestras costas en las horas inclementes del océano;

Numerosos centros de poblacion, revelando las seguridades de la vida colectiva, el progreso creciente del interior y las garantías para establecerse en cualquier punto del país.

Caminos que revelan una red ya bastante estensa y esparcida para valorizar la propiedad y facilitar el tránsito;

La subdivision territorial ya pronunciada para indicar su valor; Las divisiones administrativas con límites determinados y las condiciones geológicas reveladas en la variedad de formacion de la superficie, forman un conjunto feliz y peregrino destinado á seducir y á atraer á los que detengan en él su atencion y su mirada.

Nuestra carta geográfica debe ser uno de nuestros agentes de inmigracion.— Ella se encargará de mostrar nuestras ventajas físicas y nuestras ventajas económicas, completando, aclarando y comprobando las exposiciones de la estadística.

Los argentinos así lo han comprendido, y hace muy pocos meses que acaban de editar una carta geográfica, en la que han tratado de reflejar todas las ventajas naturales y artificiales, para que con una descripción concisa pero general, publicada al dorso, en los idiomas de los países que les dan más inmigrantes, sirva de poderoso cartel en los centros europeos para proclamar las ventajas que ofrece el suelo y la vida política de la República Argentina.

El europeo que sueña con venir al Rio de la Plata, tiene necesariamente que elegir á la República Argentina como punto de residencia. Además de las ventajosas condiciones de su vida política y del desenvolvimiento asombroso de su progreso, muestra al inmigrante la fotografia de su país, iluminada con colores risueños y adornada con detalles de progreso, de medios de vida y de facilidad para el trabajo, tan claramente especificadas, que indudablemente deben confortar el ánimo del extranjero en las monótonas horas de la navegacion sumergido generalmente en una bodega de tercera clase; y al pisar el suelo argentino debe ya saludarlo como de patria conocida, pues sabe á qué atenerse relativamente al país y á los medios de explotacion que ofrece.

Jamás la prédica de un agente consular ó de inmigracion, por perseverante y anhelosa que sea, podrá ser tan clara, tan atractiva

é insinuante como ese cartel de reclamo donde se indican con claro y nítido dibujo, el aspecto del país, físico, geográfico y económico.

Nosotros, triste es decirlo, no podemos favorecer la corriente de inmigración por ese medio fácil y elocuente. Debemos de conformarnos, más que con la prédica de nuestros agentes consulares, con la recomendación del europeo que después de algún tiempo de residencia entre nosotros, influye directamente con sus parientes ó amigos, para animarlos á cruzar el mar en dirección á nuestras playas.

Es pues una necesidad latente, la reforma de nuestra carta, pero una reforma seria, científica, que solo puede venir á nuestro ver, cuando se realice el catastro parcelario, porque así, sin mas erogaciones se producirá con detalles que hoy no es posible recoger á menos que se hicieran ingentes sacrificios, tan grandes quizás como los que impone el mismo catastro.

Hemos llegado al término de este capítulo sin haber podido precindir de apuntar en él, datos que merecen tratarse aparte; pero, corregiremos la falta, deteniéndonos algo más en los siguientes.

## Las mujeres de Shakespeare (1)

POR EL DR. D. LUIS MELIAN LAFINUR

(Continuación)

### V

Presentación de Cleopatra — Una observación de Pascal — El entusiasmo de Gauthier por la reina de Egipto — El furor de una mujer apasionada — Un suicidio por amor — Postuma rehabilitación — Proposiciones de Victor Hugo — Las inquietudes de Lady Percy — El lábaro de Falstaff — Los martirios de Lavinia; su concepción del honor — Las aventuras de Isabel — Los excesos eróticos de Claudio — Un juez inclemente — La prevaricación por concupiscencia — Justicia; pero no por casa — Una sabia ley de Partidas — La idea del deber enaltecida.

No gasta Shakespeare muchos cumplimientos para presentar al público la heroína de la tragedia que tiene por título *Antonio y Cleopatra*.

De Philo, individuo del séquito de Marco Antonio, es de quien se vale el poeta para compendiar con un rasgo de su pluma la fisonomía moral de la reina de Egipto.

« Mira—dícele Philo á Demetrius—ahí vienen. Observa bien y verás una de las tres columnas del mundo, convertida en bufón de una prostituta ».

Look, where they come!  
Take but good note, and you shall see in him  
The triple pillar of the world transform'd  
Ynto á strumpet fool.

Efectivamente, mal habrían andado las cosas de Roma si los colegas del triunviro, hubiesen hallado á su vez una mujer que los dominase y absorbiese en su pasión, como Cleopatra á Marco Antonio.

(1) Véanse los números 22, 23, 26 y 30 de los ANALES, correspondientes al 5 de Junio, 5 de Julio y 5 de Octubre de 1883 y 5 de Febrero de 1884.

Pero no sucedió así; que sin tropiezos femeniles pudo Octavia cimentar la situación cesarista que creó con tanta hipocresía como cálculo atinado.

No es de las más galantes, en puridad de verdad, la ejecutoria con que se exhibe á la reina de Egipto en la primera escena de la tragedia; pero no obstante eso, deseché el lector vanos temores de agraviarse con la asistencia á ningun cuadro pornográfico. Por el contrario, sin disimularle á Cleopatra ninguno de sus defectos, Shakespeare ha de lograr para ella la misma benevolencia que despues han conseguido para Manon Lescaut y para Margarita Gautier así el abate Prevost como Alejandro Dumas (hijo.)

Por lo demás, entre las tres pecadoras, sólo hay dos puntos de contacto: la fragilidad que á todas alcanzó como á hijas de Eva, y el amor inmortal que llegó á rehabilitarlas porque fué sincero y distinto de los demás devaneos voluptuosos, que no podían arrastrarlas sinó al fango de la deshonra, sin más excusa que la muy discutible de un temperamento que debieron sujetar á las decisiones de enérgica voluntad.

Cleopatra es una mujer extraordinaria que hasta ocupó por un momento el cerebro del ascético Pascal, no en el concepto de que la evocase para lamentar la distancia de las edades en que ambos vivieron; nada de eso, que aun siendo contemporáneo de la hermosa reina, el filósofo francés se habría abstenido de toda competencia á Marco Antonio; de lo cual convence su biografía llena de los mejores informes sobre sus costumbres privadas y las aprehensiones que dieron mérito en él, así como en Newton, á que se llevase á la tumba el secreto de terrenal deleite á que generalmente no renuncian de *motu proprio* los mortales.

Nó: Pascal se acordó de Cleopatra un dia para hacer la observacion de que «si hubiese ella tenido la nariz más corta, toda la faz de la tierra habría cambiado».

Fuó cuestion de proporciones, que siendo exactas en el rostro de Cleopatra hicieron de ella como dice con mucho juicio Francisco Victor Hugo: «el tipo supremo de la seducción». Por cuyo motivo llegó un momento en que penetrada de sus irresistibles atractivos, los utilizó para encadenar á los dominadores del mundo; ocupacion más trascendental que la de disolver en el vino de sus orgias las perlas de sus collares y de su diadema real, gracia que se le atribuye como inseparable de sus noches de disipacion y desenfreno.

A pesar de sus hábitos licenciosos, la querida de Julio César primero, de Marco Antonio despues, tiene que hacerse perdonar esas dos veleidades y otras que alcanzan modestamente la cifra de los innumerables mártires, porque al fin y al cabo detuvo en sólo un hombre toda la corriente de pasiones que antes se desbordara falta de cauce que serenase el impetu de un alma huérfana de halagos; que no los presta sin duda el aturdimiento de las noches de lujuriosa embriaguez, cuando lo que se ansía no es el misterio de nuevas sensaciones, sinó la correspondencia tranquila de delicado sentimiento, perseguido constantemente á través de una vida desordenada y culpable.

Aparto de las razones generales que absuelven, siquiera no justifiquen á Cleopatra, existen tambien especialísimas algunas que ponen al juez que de más duro se precie, en el caso de reservar para mejor oportunidad sus tremebundos fallos.

La apasionada egipcia tiene derechos á la consideracion de la posteridad, y esos derechos la colocan á una altura en que no fuera equitativo juzgarla con el criterio aplicable á las demás personas de su sexo.

Muchos escritores opinan como Teófilo Gautier, y este empieza por decir lo siguiente: «Es quizá Cleopatra el tipo femenino que con más títulos se exhibe en la historia. Ella reúne todo: belleza, gloria, poder. Ella es *la verdad del ideal*, y jamás la imaginacion del soñador más desenfrenado podrá alcanzarla».

¿Para qué soñarte oh! reina,— digo yo ahora—si no hay fantasía que en sus delirios de perfeccion se aproxime al divinal conjunto, que en tu cuna quisieron las hadas apresurarse á formar?...

Pero Gautier no se contenta con lo que he transcrito más arriba, sinó que, así como ha desengañado á los soñadores desenfrenados de la posibilidad de fantasear sobre nada que á Cleopatra se aproxime, así tambien desahucia á los tiempos que corren de la esperanza de mujer alguna que con la reina de Egipto se compare.

«La antigüedad—agrega el delicioso escritor—donde las multitudes estaban absorvidas por una personalidad única, es la que solamente puede crear esas individualidades enormes, esas existencias colosales fuera de todas las proporciones modernas: esas existencias cuyas fantasías titánicas y sobrenaturales, miraba atónito el mundo desarrollarse sobre él, en una atmósfera centelleante».

La Cleopatra de la tragedia de Shakespeare es la misma criatura sin parecido en el mundo que pinta el crítico francés: la mujer

excepcional, violenta y tierna, tiránica y generosa, altanera y modesta, todo lo más contradictorio á la vez, porque ella no escucha más voz que la de sus pasiones, y nada ménos uniforme puede haber que una pasión que como el mar, pasa de la tormenta á la calma y vice-versa: ola embravecida ó terso lago.

¿Queréis verla desencadenando sus iras contra infeliz mensajero que no quiere ocultarle el matrimonio de Marco Antonio con Octavia? Escuchad; está celosa y es feroz:

« Mensajero:— Señora, se ha casado con Octavia.

Cleopatra:— Caiga sobre tí la más maligna peste. (*Le pega.*)

Mensajero:— Paciencia, buena señora.

Cleopatra:— ¿Qué dices? Fuera de aquí malvado horrible! (*le pega otra vez*) ó hágote saltar los ojos como saltarian dos bolas; he de arrancarte todo el cabello de la cabeza; serás azotado con un látigo de alambres, y he de ponerte en salmuera para que lentamente te cuezas ».

Messenger:— Madam, he's married to Octavia.

Cleopatra:— The most infectious pestilence upon thee! (*Strikes him down*)

Messenger:— Good madam! patience.

Cleopatra:— Whad say you! Hence

(*Strikes him again*)

Horrible villain! or Y'll spurn thine eyes

Like balls before me; Y'll unhair thy head;

(*She hales him up and down*)

Thou shalt be whipped with wire and steew'd in brine,

Smarting in lingering pickle.

Prolongándose aún la violenta escena, como persistiese el pobre mandadero en sostener la realidad del casamiento, sólo apelando á la fuga pudo librarse de la furia de Cleopatra que, puñal en mano lo acometió diciéndole: « Bribon has vivido demasiado ».

Cleopatra:— Rogue, thou hast liv'd too long.

Fué sin embargo todo este impetuoso arranque de injustificada cólera, de efecto pasajero como borrasca de verano; y se apresuró Cleopatra momentos despues, á reconocer lo irregular de su conducta, así que el mensajero repuesto del susto, compareció de nuevo ante ella para darle detalles acerca de Octavia; cuyos detalles convenciéndola de la inferioridad de su rival, devolviéronle la calma perdida en el paroxismo de sus furibundos celos.

La calma en ella no era sin embargo ni con mucho su modo

habitual de ser. Las pasiones nobles ó crueles, cínicas ó levantadas, estallaban en su alma constantemente con el estrépito del trueno. Colérica ó tierna, siempre era la misma; la que enfurecida corria puñal en mano á un hombre: la que en sus arrebatos de ternura, estrechando á su querido moribundo, « lamentaba que no reviviese al calor de sus besos, que prodigaría ella hasta agotarse, si así fuese posible reanimarlo ».

Quicken with kissing! had my lips that power

Thus would I wear them out.

Pero el idilio acérese ya á su fin. Todas las disipaciones de la juventud de la reina han terminado para reconcentrar su alma en el recuerdo del ilustre muerto. Marco Antonio ya no existe, y el mundo por tal motivo es para ella objeto de desden. « Oh! — exclama ante el cadáver de su amado — se derrite la diadema de la tierra. Marchita está ya la corona de la guerra. El estandarte del soldado yace en el suelo; los pequeñuclos de uno y otro sexo pueden ya equipararse con los hombres; fuése ya el ser extraordinario, y no queda nada notable so el resplandor de la luna.

The crown ó the earth doth melt! My lord!

O wither'd is the garland of the war!

The soldier's pole is fall'n: young boys and girls

Are level now with men; the odds is gone,

And there is nothing left remarkable

Beneath the visiting moon.

Y siguiendo los impulsos de su situación desgarradora, se juzga que ya no es reina, « sinó una triste mujer dominada por las mismas pobres pasiones que la criada de ocupacion más humilde ». Y agrega: « Estaría en mi derecho tirando mi cetro al rostro de los injuriosos dioses, para decirles que este mundo era igual al de ellos, antes de que nos hubiesen arrancado nuestra joya ».

No more, but even a woman and commanded

By such pour passion as the maid that milks,

And does the meanest chares. — Yt were for me

To throw my sceptre at the injurious gods;

To tell them that this world did equal theirs,

Till they had stolen our jewel.

Es aquí que está su rehabilitacion; y al aplicar á su pecho el

aspid que le infiltra mortal veneno, y al extinguirse su vida pronunciando el nombre de Antonio, elevan sus labios inconcientemente plegaria triste que es apología; que á quien mucho ama mucho tambien debe perdonársele.

Por eso Clopatra con su muerto valerosa y resignada hace olvidar que fué cobarde en Actium; con el entrañable amor que la conduce á desesperado suicidio, sabe hacerse disculpar las voluptuosidades de una juventud disoluta; con su desden por la diadema real así que Antonio muere, se le atenuaran las crueldades de los dias de su marco en el poder.

Esa reina llena de atractivos y de astucia á quien su amante llamaba « mi serpiente del viejo Nilo »; esa mujer por quien se libraron tantas batallas en la tierra, tantos combates en los mares, abandona voluntariamente la vida en la plenitud de sus influencias y belleza, por el culto que á un ser rendía en su alma entónces agigantada por la exaltacion de sentimiento poderoso y noble. Ella podia seguir en todos los predomios y glorias de siempre, con sólo encadenar á su voluntad al vencedor de Actium como antes habia subyugado á Julio César y á Marco Antonio. Pero no: Augusto encontrará sólo un cadáver y no será despojo de su triunfo el seno cuyos últimos latidos se apagaron unísonos con el recuerdo de un nombre idolatrado.

Después de las palabras de Gautier, nada podria agregarse sobre las condiciones extraordinarias de Cleopatra; porque recordar que hablaba todas las lenguas, y que conocía todas las artes, y que nada existia para ella oculto, podria determinar un entusiasmo detallado, que en fuerza de minucioso llegaría acaso hasta la calumnia, que para mí no es otra cosa aquello de suponerla autora de libros, y sobre todo, de uno que se titula: « *De morbis mulierum* ».

Se ha dicho de Cleopatra mucho bien y mucho mal. Enervando á Antonio con sus caricias le hizo perder el imperio del mundo. Pero ella era otro mundo; luego lo que hizo Antonio fué sencillamente cambiar uno por otro. ¿Qué perdió en el cambio? Es cuestion difícil. Fuera necesario haber conocido á la reina de Egipto.

Victor Hugo es muy patriota; ¿quién lo niega? pues á una mujer, en el concepto de ser rey, le ofreció en cambio de una mirada: el imperio, el cetro, un pueblo arrodillado y otra porcion de cosas; y para el caso algo más remoto de ser Dios, y en cambio de un beso, le prometió: ángeles, una legion de demonios, la eter-

nidad, los cielos y otras bagatelas por el estilo. Véase la oferta en la composicion XXII de « *Les feuilles d'automne* ».

¿Qué mucho pues que Antonio en tiempos de mayor atraso que los que alcanzamos, se resignase al cambio, cuando Cleopatra, á lo que barrunto le daba algo más que miradas y besos?

Sea de ello lo que fuere, el que tenga sus dudas sobre la manera de apreciar á Cleopatra, lea la tragedia de Shakespeare; y si después de la lectura no le perdona sus extravios, no le admira sus perfecciones, y no le glorifica su muerte, por mi parte lo compadeceré, porque ese tal, no ha nacido para entender á Shakespeare; y no entender al gran poeta es una desgracia como cualquiera otra.

Y si el motivo de no hacer buenas migas con Cleopatra dependiera, de preferir el lector antes caracteres puros y sencillos que no extraordinarios de los que en el mundo meten bulla, tambien los ofrece Shakespeare en su galería. Desde luego recomiendo á lady Percy como excelente persona que no ha de impresionar á nadie sino favorablemente. Aparece esa señora en las dos partes del drama titulado *King Henry the fourth (El rey Enrique IV)* y siempre como amante esposa, siempre como compañera fiel preocupada tan sólo de lo que atañe á su marido.

Al igual de Porcia la esposa de Bruto, que ocupó mi atencion cuando examiné la tragedia *Julio César*, Lady Percy vive inquieta con un secreto que ha sorprendido á medias y su esposo le reserva; pero á diferencia de la altiva matrona romana, no tiene la decision ni el poder de aclarar el misterio, obteniendo una franca revelacion que no es capaz de arrancar al silencio del compañero de su vida.

— « Bien, Catalina — dícele Hotspur — tengo que dejarte antes de dos horas ». — « Por qué, mi buen señor, — contesta ella — andais así tan sólo? ¿En qué os he ofendido que hace quince dias estoy desterrada de vuestra intimidad? Decidme dulce dueño; ¿qué es lo que os arrebató el apetito, el sueño y la alegría? Velando á vuestro lado mientras lijeramente dormiais, os he oido murmurar historias de crueles guerras, dirigiros en términos de equitacion á vuestro caballo de batalla y gritar: *valor! al campo!* Después hablábais de salidas y retiradas. Algun asunto grave á mi señor preocupa, y ha de revelármelo; que si no he de pensar que no me ama ».

Hotspur: — How now Kate? Y must leave you within these two hours,  
Lady Percy: — O my good Lord, why are you thus alone?

For what offence have I, this fortnight, been  
A banish'd woman from my Harry's bed?  
Tell me, sweet lord, what is't that takes from thee  
Thy stomach, pleasure, and thy golden sleep?

.....  
In thy faint slumbers, I by thee have watch'd,  
And heard thee murmur tales of iron wars:  
Speak terms of manage to thy bounding steed;  
Cry, *Courage!*—*to the field!* And thou has talk'd  
Of sallies, and retires;

.....  
Some heavy business hath my lord in hand,  
And I must know it, else he loves me not.

En la escena transcrita en parte, y no íntegra por ser demasiado larga, está la revelación del carácter de Lady Percy. Tiene la sagacidad suficiente para apercibirse de que en algo grave anda su marido envuelto; su cariño la ha llevado á sorprenderlo en su sueño para arrancarle por ese medio el secreto que se desvive por conocer, no por simple frívola curiosidad sinó por justo temor de una desgracia cuya magnitud no sabe ella medir. Pero es indecisa y le falta aquella altivez de Porcia que dábele enérgicos acentos, para reclamar como un derecho legítimo el de conocer los secretos de su esposo para compartir con él la responsabilidad que pudieran ellos acarrear.

Por eso Hotspur, á quien no logra ella imponerse, responde con bromas á sus cariñosas exigencias, dejándola en las torturas de un íntimo sufrimiento, que obliga la compasión de los que si en Lady Percy nada encuentran que admirar, hallan en cambio un noble cariño conyugal, digno de encomio aún en sus mismas debilidades.

Es en este drama *King Henry the fourth* donde se exhibe también el célebre sir John Falstaff, de quien tiene ya alguna noticia el lector de estas páginas, por las aventuras con las dos traviesas vecinas de Windsor, que referí al ocuparme oportunamente de la comedia titulada *The merry wives of Windsor*.

Pero ¿quién es Falstaff? Lo dice Schlegel: « Un individuo que no quiere por nada ni por nadie ser molestado en sus goces materiales, y que defiende su reposo con todas las armas de su inteligencia ».

Con arreglo á esta definición ¡cuántos Falstaff en el mundo!... El líbano del alegre bufon creado por Shakespeare, está en el estómago. Otros también prácticamente lo colocan en ese importante

órgano de la digestión, sin que el mundo les deba una sonrisa, ni sus allegados un instante de expansivo buen humor. Son inferiores al personaje inglés.

Entre el vino y las mujeres, pasa su vida Falstaff riendo. Si no tiene asunto se rie de sí mismo. El honor, el coraje, el patriotismo son para él sentimientos negativos. Si va á la guerra no se le ve en el punto del peligro. Una vez tuvo un lance personal, una riña; pero fué con una ramera. Es ladrón, adulador, mentiroso y ruin: es canalla; el prototipo del vicio. El príncipe de Gales, su compañero de orgías, lo desprecia así que llega á ceñirse la corona real con el nombre de Enrique V. Todos debieran despreciarle.

Falstaff es objeto comunmente de juicios benignos, y hay hasta escritores que lo admiran. A mí me es antipático con su vientre enorme, su calvicie, y su nariz amoratada. Será sin duda porque me ha tocado vivir en una época y un país en que tropiezo á cada paso con masas de carne y hueso modeladas á imágen del cínico bufon.

Para excusar á Falstaff se dice que es irresponsable porque debe ceder fatalmente á su naturaleza: porque le falta sentido moral. ¿Le falta eh? Que lo busque, como buscaba la fragilidad de las mujeres en la orgía; y la embriaguez del vino en las tabernas.

Shakespeare puede enorgullecerse de su creación: es magistral é impercedera; de un realismo insuperable. Pero ya es tiempo de dejar al más desvergonzado representante del epicureismo delincuente, á la más innoble personificación de repugnante sensualismo, para elevar el alma á otras esferas. Sirva de contraste al cínico bufon Lavinia en la tragedia *Titus-Andronicus*. No es sin duda la hija del noble romano, ninguna de esas pálidas visiones llenas de celestial encanto, que ha ofrecido á mi sucinto exámen la galería femenil del poeta; mas con todos los inconvenientes de ser Lavinia, de filiación legítima dudosa entre las creaciones de Shakespeare; tiene nobles manifestaciones que la aproximan á las que pueden suponerse sus hermanas.

Es *Titus Andronicus* una pieza irregular que siempre se ha puesto en duda que sea del autor de *Othello*. Hay quien la supone de oscuro ó inesperto dramaturgo protegido por el coloso del teatro inglés; hay quien sostiene que es de Shakespeare, si bien obra de sus mocedades, llena de defectos, que aun siendo grandísimos auguraban no obstante esa portentosa concepción que se titula *El rey Lear*.

Como espectáculo horrible de sangre, de mutilación, y de matanza nada se iguala á *Titus Andronicus*. La infeliz Lavinia en la escena con la lengua arrancada y las manos cortadas después de ser brutalmente violada, resulta teatral resorte del peor gusto; pero no se compono la tragedia de esos horrores exclusivamente; y el prestigio de que siempre rodea Shakespeare por boca de sus personajes á los puros estímulos del alma, tiene la más hermosa manifestación en el diálogo entre Lavinia y la reina Tamora, cuando la primera, velando por su honra y su decoro expuestos á la concupiscencia de los hijos de la reina, la dice: « Al presente la muerte es lo que pido, y algo más que el pudor á mi lengua le impide revelar. Oh! salvadme de su lujurioso deseo para mí peor que la muerte, aunque hayais de arrojarme á algun horrible abismo donde la mirada de ningun hombre pueda recrearse en mi cuerpo. Haced eso y os juzgaré caritativa homicida ».

It is present death Y beg; and one thing more  
That womanhood denies my tongue to tell:  
O keep me from their worse than killing lust  
And tumble me into some louthsome pit,  
Where never, man's eye may behold my body!  
Do this, and be á charitable murderer.

Pero dejando á Lavinia acompañada de las simpatías generales que merece, sea Isabel heroína de la comedia titulada *Measure for measure* (*Medida por medida*) quien venga en pos de la hija de Titus Andronicus, á ocupar por un instante la atención del benévolo lector.

Próxima Isabel á tomar el hábito de religiosa comunidad, distante estaba de creer que vendrian las cosas de tal manera, que en vuelta habria de verso en mundanas y graves aventuras; las cuales á la postro daríanle también la ventaja personal de trocar, el proyectado estéril voto de castidad por la corona ducal de Viena.

El caso es el siguiente: en la época de la pieza *Measure for measure* parece que las costumbres no eran del todo puras en la ciudad que es hoy capital del Austria. El duque Vincentio en el propósito de moralizar su pueblo, pero queriendo á la vez sacar la brasa por mano agona, delega sus facultades en Angelo, magistrado de confianza, de acrisolada virtud, de energía á toda prueba. Angelo desentierra rigorosísima ordenanza en desuso de mucho tiempo atrás y tócale de ella ser víctima espiatoria á Claudio, cuyo

dolito en realidad no era muy grande, que sobrada razón tenía Lucio para manifestarle á Isabel, « que siendo el juez él, le daría las gracias por castigo ».

For that which, if myself might be his judge,  
He should receive his punishment in thanks.

Consistía el crimen de Claudio en que teniendo una novia tomó en ella anticipos, extra-legales, resultando « que á lo mejor, el contrabando del mútuo entretenimiento, se encontró denunciado con gruesos caracteres en la persona de Julieta », que así se llamaba la amante del susodicho Claudio.

But it chanced,  
The stealth of our most mutual entertainment  
With character too gross is writ on Juliet.

Angelo, que no se anda con chicas, toma al seductor como hoy y lo condena á muerte para mañana.

El conocimiento de la atroz sentencia, pone en campaña á Isabel, hermana de Claudio. Abandona su religiosa mansión y dirige sus pasos á la de Angelo. No era este sin duda de los que creen sábiamente con Bacon « que el único medio de vencer á la naturaleza es obedecerla », pues entre ceja y ceja se le había puesto que había de moralizar á sus administrados con la tiranía de una ley que después de hacer algunas víctimas, sin duda volvería á caer en desuso con el desprestigio que acompaña siempre tanto á las grandes iniquidades como á los crueles absurdos.

Pero al fin siendo *dura lex sed lex*; que se cumpla. Es por lo tanto á la clemencia del Juez, al sentimiento que los primeros tiros de la elocuente suplicante se dirijen.

« Creedme: — dícele Isabel á Angelo — entre todas las ventajas que on sí reúnen los grandes, no hay ninguna, ni la corona del rey, ni la espada del delegado, ni el baston de mariscal, ni el hábito del juez, ni nada que se iguale á la mitad de lo que vale la clemencia. Vos en el caso de mi hermano habríais caído como él; pero él en el vuestro no fuera tan implacable ».

Well believe this,  
No ceremony that to great ones' longs  
Not the king's crown nor the deputed sword

The marshal's truncheon nor the judge' robe,  
 Become them with one half so good a grace  
 As mercy does. Yf he had been as you, and you as he,  
 You would have slipp'd like him; but he like you  
 Would not have been so stern.

Las palabras de Isabel no hacen efecto en el Juez que presume de inflexible. Nada obtiene ella por el lado de la clemencia. Nada tampoco del punto de vista de la humana falibilidad, del orgullo humano, de la justicia desigual « que trueca apenas en colérica palabra del capitán, la que es manifiesta blasfemia en el soldado ».

That in the captain's but a choleric word,  
 Which in the soldier is flat blasphemy.

Pero ese juez, para quien la clemencia y las lágrimas de una mujer desolada, y la responsabilidad de un error jurídico, y el torcedor de inusitado rigorismo, son detalles que no conmueven su alma endurecida, ha jugado con fuego al dejar que á sus piés se arrodillase, y en sus oídos repercutiese el acento del ruego de Isabel.— Es tan hermosa!

« Jamás la cortesana — se dice Angelo — con su doble poder: el de la naturaleza y el del arte, tuvo la fuerza de enardecer mi temperamento; pero esta virgen pura me subyuga. Hasta hoy, me reía de los que se enamoraban, admirándome de que eso sucediese ».

Never could the strumpel,  
 With all her double vigour, art and nature,  
 Once stir my temper; but this virtuous maid  
 Subdues me quite: ever, till now,  
 When men were fond, y smil'd and wonder'd how.

Tremendas son las seducciones que acarrea la virtud. Oh! Shakespeare lo sabe bien!

La más graciosa Aspasia, acaso nada habría conseguido sobre el incorruptible Angelo. Al fin vale tan poco lo que fácilmente se consigue! Una cortesana es de todos y de nadie.

Pues bien: ese Angelo á quien no comprarían un fallo todos los dineros de la tierra, á quien no arrancarían por temor una sentencia todos los poderosos del mundo, está dominado ya por tentación bastarda; y arrastrará su nombre por el fango de la infamia,

y se hundirá en el hondo abismo de la más villana prevaricación, por el pasajero libidinoso encanto de un instante.

Primero con reticencias ó indirectas, despues con la más cínica franqueza, Angelo propónelo á Isabel la absolución de su hermano á cambio de su honra de mujer.

Era así, Angelo, un magistrado que venía á colocarse en peor caso que el reo que condenaba. Partidario del refrán latino *Judicia probo, sed in me exerceri nolo*, esto es, aprobaré la justicia, mas no en contra mia, convertíase ya de juez austero en vil rufián de su dignidad y de su honor. Pero era inútil su demanda, que la escena entre el corrompido magistrado y la púdica jóven terminó con estas palabras, que ella pronunciara resignada despues de largo diálogo en que no decayó ni un solo momento la elocuencia con que supo defenderse de la innoble accehanza que la rodeaba: « Vivo pura Isabel; y tú, hermano mio, muere: vale más que tu suerte mi castidad ».

Then, Isabel, live chaste, and brother, die:  
 More than our brother is our chastity.

No fué, empero, lo más grave de la situación de Isabel el haber salido bien de la entrevista con Angelo, que mientras ella creía que su hermano Claudio lo aprobaría por completo su conducta, se encontró con que él, lamentando sin duda que su juez no opinare como Boileau,

Dans le monde il n'est rien de beau que l'équité,

creía que si bien la equidad obligaba á Angelo á no castigar un delito que él mismo cometía ó pretendía cometer con creces, en cambio ya que se empeñaba en perpetrarlo con grave perjuicio de su alma, no se le debían poner trabas á su voluntaria perdición.

Isabel daría su vida por salvar la de su hermano; pero éste no era trato que conviniera á los agradables proyectos de Angelo. Diera ella su vida ó hiciera todos los sacrificios imaginables, ménos el sacrificio de su honor. Claudio no obstante pensaba que este mismo sacrificio valía la pena de llevarse á efecto. De manera que despues de bosquejar con lúgubres colores un horrible cuadro de la muerte, se permitió en estos términos aconsejar á Isabel que cediese á las instancias de su obsecado seductor: « Dulce hermana

mía, déjame vivir; cualquier pecado que cometas por salvar la vida de tu hermano, es acción tan excusable por la naturaleza, que se convierte en una virtud ».

Sweet sister, let me live:

What sin you do to save á brother's life,

Nature dispenses with the deed so far

That it becomes á virtue.

Y en esta escena precisamente es donde brilla con más intensidad el enérgico carácter de la altiva joven; porque sin la mínima vacilación se hiergue y despues de emplear los más duros calificativos contra su hermano, agrega estas hermosas y elocuentísimas frases: « ¿ Quiéres de nuevo crearte con mi falta? ¿ No es una especie de incesto que debas la vida á la deshonra de tu hermana? ¿ Qué debo pensar? El cielo me proteja. . . »

Wilt thou be made a man out of my vice

Is't not a kind of incest, to take life

From thine own sister's shame? What should I think?

Heaven shield . . .

Y el cielo puso pronto bajo su ójida la causa de Isabel; porque al fin todo se descubrió; que el duque con el disfraz de monje pudo juzgar y convencerse por sí mismo tanto de la alteza de miras de la noble hermana de Claudio, como de la indigna conducta de su delegado Angelo.

Es pues correcta la conclusion de la comedia: enaltecida Isabel hasta verse por el duque elevada á compartir su tálamo nupcial; libre Claudio, que no debia ser víctima de una ley asaz rigurosa y contraria á la naturaleza; que quien la dictó sin duda no supo hacer caudal de las palabras del sabio legislador de las Partidas: « deben ser las leyes et muy cuidadas, et catadas de guisa que sean fechas con razon, et sobre cosa que pueda ser fecha segunt natura ».

Es la comedia *Measure for measure* un interesante alegato en favor de la naturaleza y la moral. La misma absolucion de Angelo, sin más castigo que el de obligarlo á casarse con una mujer á quien pretendiera engañar, no puede ser más procedente.

Su inspiracion fué criminal; pero escapa su conducta á toda pena, porque no llegó á realizar la proyectada maldad; tuvo una mala intencion, un abominable pensamiento; pero el poeta lo dice:

« Los pensamientos no son justiciables, y la intencion no es mas que un pensamiento ».

Thoughts are no subjects;

Intent's buy merely thoughts.

Todos los derechos están bien defendidos en esta pieza, todas las debilidades explicadas; y la purísima idea del deber, admirablemente personificada en Isabel; lo cual basta para que la hermana de Claudio pueda á justo título figurar, al lado de las más ilustres hijas de Shakespeare.

( La sexta y última parte en el próximo número ).

## Eva

POR DON MANUEL M. FLORES

Era la sexta aurora. Todavía  
El ámbito profundo  
Del éter el *Fiat-lux* estremecía.  
Era el sereno despertar del mundo,  
Del tiempo la niñez. Amanecía,  
Y del Criador la mano soberana  
Cenía con gasas de topacio y rosa,  
Como la casta frente de una esposa,  
La fronte virginal de la mañana.

Rodaban en la atmósfera lijera  
Las olas de oro de la luz primera.  
Y levantando púdica su velo  
Gentil la Primavera,  
Al ostentar magnífica sus galas,  
Iba en los campos vírgenes del suelo  
Regando flores al batir sus alas.

Opulentas cascadas de verdura  
Tapizaban soberbias los barrancos,  
Y eran su espuma caprichosa y rica  
Rosas purpúreas y jazmines blancos.

El denso bosque, presintiendo el día,  
Llenaba su follage de rumores;  
Flotaba en el espacio la armonía,  
Y la colina desbordada en flores;  
El agua alegre, juguetona, huía  
Entre cañas y juncos tembladores,  
Y de la aurora bajo el ancho velo  
Se besaba la tierra con el cielo.

Era la hora nupcial. Todas las olas  
De los ríos, las fuentes y los mares,  
Juntándose amorosas, preludiaban

Un ritmo del Cantar de los Cantares.  
El incienso sagrado del perfume  
Se exhalaba de todas las corolas.  
Vagorosos los tímidos cesifros  
Al rumor de sus alas ensayaban  
Un concierto de besos y suspiros;  
Y cuantas aves de canoro acento  
Se pierden en las diáfanas regiones,  
Desatando el raudal de sus canciones  
Inundaban de músicas el viento.

Era la hora nupcial. Naturaleza,  
Do salir del caos aún deslumbrada,  
Ebria de juventud y de belleza,  
Virginal y sagrada,  
Velándose el misterio y poesía.  
Sobre el tálamo en rosas de la tierra  
Al Hombre se ofrecía.

¡El Hombre! Allá en el fondo  
Más secreto del bosque, do la sombra  
Era más tibia del gentil palmero,  
Y más mullida la musgosa alfombra,  
Más tupidas las flores  
Y más rico y fragante el limonero;  
Y llevaba la brisa más aroma,  
La fuente más rumores,  
Y cantaban mejor los ruisseñores  
Y lloraban más dulce las palomas;  
Dó más bello tendía  
Sus velos el crepúsculo indeciso,  
Allí el Hombre dormía,  
Aquel era su hogar, el Paraíso.

El mundo immaculado  
Se mostraba al nacer grande y sereno.  
Dios miró lo criado  
Y encontró que era bueno.

Bañado en esplendor, lleno de Aurora,  
Do aquel instante en la sagrada calma,  
A la sombra, dormido, de una palma  
Estaba Adán. Su frente pensadora,  
Su noble faz augusta de belleza

En medio de su sueño se cubrían  
De una vaga tristeza.  
Orcaba sus cabellos el cefiro;  
Blandamente su pecho respiraba,  
Pero algo como el soplo de un suspiro  
Por su labio pasaba.

¿Padecía?... ¡Quizás!... En su retiro  
Sólo el Criador con el dormido estaba.

Era el hombre primero, y ya su labio  
De la existencia en el primer momento  
Bosquejaba la voz del sufrimiento.  
La inmensa vida palpitaba en torno;  
Pero él estaba solo... El aislamiento  
Transformaba en proscrito al soberano....  
Entonces el Señor tendió su mano  
Y el costado de Adan tocó un instante....

. . . . .  
. . . . .

Suave, indecisa, sideral, flotante  
Cual ligero vapor de las espumas,  
Cual casto rayo de la luna errante  
En un giron perdido de las brumas;  
Cual nacida del cáliz de las flores,  
Con sus pétalos hecha y sus colores,  
Viviente perla de la aurora hermosa,  
Lampo de luz del venidero día  
Condensado en la forma voluptuosa  
De un nuevo sér que vida recibía  
Una blanca figura luminosa  
Alzóse junto á Adan. . . Adan dormía.

La primera mujer. . . Fúlgido cielo  
Que bañó con su lumbré  
La mañana primer de las mañanas,  
¿Visto luego en la vasta muchedumbre  
Do las hijas humanas,  
Alguna más gentil, más hechicera,  
Más idéal que la mujer primera? . . .

La misma mano que extendió los cielos  
Y los alumbró con auroras bellas;  
La que salpica los etéreos velos

Con rocío de estrellas;  
La que visto de azul los horizontes,  
Los campos de esmeralda,  
Y de nieve la cumbre de los montes  
Y de verde oscurísimo su falda;  
La que hace con el iris esplendente  
Diademas al magnífico torrente  
Que su raudal de plata  
Entre nubes de espumas  
Desborda en tormentosa catarata;  
La que toma del iris los colores  
Para con ellos colorar las plumas,  
Para con ellos matizar las flores;  
La mano que en la gran naturaleza  
Pródiga vierto perenal hechizo,  
La del eterno Dios de la belleza,  
¡Oh primera mujer . . . esa te hizo! . . .

La dulce palidez de la azucena  
Que se abre con la aurora,  
Y el blanco rayo de la luna llena,  
Dejaron en su faz encantadora  
La pureza y la luz. Los frescos lábios,  
Como la flor de la granada, rojos;  
Esa luz, que es un sol para las almas  
En la limpia mirada de los ojos;  
Y por el albo cuello,  
Voluptuoso crespon de sus hechizos,  
La opulenta cascada del cabello  
Cayendo en ondas de flotantes rizos.

Su casta desnudez iluminaba,  
Su labio sonreía,  
Su aliento perfumaba,  
Y el mirar de sus ojos encendía  
Una inefable luz, que se mezclaba  
Al albor del crepúsculo indeciso. . .  
Eva era el alma en flor del Paraíso.

Y de ella en derredor, rica la vida  
Se agitaba dichosa:  
Naturaleza toda, palpitante,  
Ceñía sus contornos voluptuosa:

Las hojas la cantaban  
 La canción del susurro melodioso,  
 Al compás de las fuentes que rodaban  
 Su raudal cristalino y sonoro:  
 La arrullaba la brisa con rumores,  
 Su cabello empapaba con aroma,  
 Y trinaban mejor los ruiseñores,  
 Y lloraban más dulce las palomas,  
 En tanto que las flores,  
 Húmedas ya con el celeste riego,  
 Temblando de cariño á su presencia,  
 Su pié bañaban de fragante esencia  
 Y se inclinaban á besarle luego.

Iba á salir el sol, amanecía;  
 Y á la plácida sombra del palmero  
 Tranquilo Adán dormía.

Su frente magostuosa acariciaba  
 El ala de la brisa que pasaba,  
 Y su labio entreabierto sonreía.

Eva lo contemplaba,  
 Sobre el inquieto corazón las manos,  
 Húmedos y cargados de ternura  
 Los ya lánguidos ojos soberanos.  
 Y poco á poco, trémula, agitada,  
 Sintiendo dentro el seno comprimido  
 Del corazón el fervido latido;  
 Sintiendo que el aliento que salía  
 Del labio abierto del gentil dormido  
 Abrasándolo el suyo, la atraía,  
 Inclinóse sobre él ....

Y de improviso

Se oyó el ruido de un beso palpitante...  
 Se estremeció de amor el Paraíso!....  
 Y alzó su frente el sol en ese instante.

---

## Paisage holandés

(EDMUNDO D'AMICIS)

POR DON G. P. R.

Dilátase infinita la llanura  
 Bajo el húmedo cielo silenciosa;  
 El campo está desierto; pavorosa  
 Enturbia el horizonte sombra oscura;

Tiemblan las aguas; tiembla la verdura;  
 Dobla el árbol su copa rumorosa;  
 Todo presagia al alma, misteriosa  
 Honda tristeza, llanto y desventura.

A orillas del canal, una casita  
 Oculta entre los álamos, humea;  
 Un molino gigante el ala agita;

Solitaria, sonámbula, etérea,  
 La paz rompiendo del inmenso verde,  
 Pasa una vela cándida y se pierde.

---

## BIBLIOGRAFIA

La Biblioteca del Ateneo ha recibido y agradece las siguientes donaciones:

HARRY ALIS — « Mala Estrella ». — Traducido por la señorita Angélica J. García — Buenos Aires, Imprenta de « La Tribuna Nacional » 1884 — Elegante impresión en veintiocho páginas de un precioso cuento de *Harry Alis*, correctamente traducido por la Sta. García.

Pequeña obra de un realismo sano ó impregnada de lierna melancólica, en ella se relatan las cuitas, aventuras y desastroso fin de un pobre inventor, víctima de su infeliz estrella.

Con un argumento que no es nuevo, el trabajo literario que nos ocupa se recomienda por la verdad de los detalles, armonía del conjunto, y la lógica de su fin discretamente alejada de la convencionalidad de soluciones contrarias á las leyes naturales y á las cosas del mundo.

L. M. L.

Del Dr. D. Alberto Navarro Viola, socio correspondiente del Ateneo: el tomo primero de la segunda serie de la Biblioteca del Rio de la Plata (*Historia del Paraguay, Rio de la Plata y Tucuman*, por el padre J. Guovara), con una introducción por el doctor don Andrés Lamas — Buenos Aires, imprenta de S. Ostwald. La introducción del doctor Lamas comprende XI páginas. La obra de Guovara 424, in 8.º.

ESTUDIOS SOBRE LA AMÉRICA (conquista, colonización, gobiernos coloniales y gobiernos independientes) por don Gil Gelpi y Ferro, 2 vol. in 8.º. El segundo con el retrato del autor. — Habana, Librería ó imprenta « El Iris », 1864 y 1866.

LA REPÚBLICA ARGENTINA, por Ricardo Napp, con la ayuda de varios colaboradores, escrita especialmente para la Exposición de Filadelfia — 1 vol. in 8.º, con mapas — Buenos Aires — Sociedad anónima de tipografía, litografía y fundición de tipos á vapor — 1876. Contiene esta obra interesantes monografías de historia, geo-

grafía física en todas sus ramas, fauna, flora, minerales, producciones, industrias, estadística, etc., de la República Argentina.

ANALES DE LA DEFENSA DE MONTEVIDEO — 1842-1851, por don Isidoro De-María — Tomo 1.º — Montevideo, imprenta de « El Ferro-Carril », 1884 — 312 páginas in 8.º, con retratos y mapas. Trae del ilustrado y muy laborioso autor esta dedicatoria, que es una cariñosa demostración de simpatía: *Al primer centro científico literario de la República — « El Ateneo del Uruguay — Tributo del autor*. El libro es un arsenal de hechos y documentos, con que necesariamente debe enriquecerse la biblioteca de toda persona que desee conocer algo de una de las épocas más memorables de nuestra historia. Hacemos votos por la pronta terminación de esa obra, y esperamos que encontrará la acogida á que es acreedora por los materiales históricos que encierra, por su exacta cronología y la sencillez y sobriedad de estilo, característicos en el viejo ó infatigable escritor.

C. M. DE P.

JUVENILIA — Por Carlos Monsalvo — Es una serie de cuadros realistas, ingeniosos, en que el autor (20 años de edad) demuestra un notable y brillante poder imaginativo. Se ha dicho que su libro tiene el mismo corte de las *Historias extraordinarias* de Edgar Poe. Un ilustrado crítico argentino aseguraba que Monsalvo no conoce la obra de Poe; que su biblia es de Musset. La prensa lo ha saludado como una gran esperanza para la literatura del Plata. Nos adherimos al saludo.

AUXILIAR DE ZOOLOGIA — Del señor don Francisco Vazquez Correa. — Se distribuye gratis á los maestros con título ó sin él y á las personas que estudian para dedicarse á la enseñanza.

## SUeltos

**SALUDO** — Retribuimos el saludo que al aparecer en el estadio de la prensa dirigió *La Revista de la Sociedad Universitaria*, á todos sus colegas en general, singularizándose con aquellas publicaciones que tienen un carácter semejante al suyo.

«Grandes aspiraciones y buenas voluntades son las armas de *La Revista*. Todo por la ciencia y para los que estudian: esta es su bandera».

Sentimos confundidos nuestros anhelos y aspiraciones; sentimos la misma atracción sobre la voluntad; el mismo culto por la ciencia en las mismas esferas; agitamos la misma bandera en un escenario idéntico y reducido ¿por qué no hemos de regocijarnos con la aparición de un nuevo órgano de opinión que servirá de vehículo á las ideas y á los sentimientos de la juventud estudiosa?

Porñtásonos, sin embargo, que lamentemos la división de los esfuerzos intelectuales que pudieran converger á un centro común, donde, sin enojosas rivalidades y con la mayor independencia, fuese posible agrupar á la juventud según sus aspiraciones y necesidades del momento, y organizar al concurso colectivo no solo para hacer frente á las exigencias de la investigación científica que requiere materiales, instrumentos, aparatos, edificios apropiados y sobre todo dignísimos profesores; sino también para la tarea vulgarizadora que los institutos de enseñanza popular deben tomar empeñosamente á su cargo con el propósito firme de elevar el nivel moral ó intelectual de las muchedumbres.

Entre tanto, y mientras llega la unificación de fuerzas y la contracción de elementos, enviamos nuestros plácemes muy sinceros á una sociedad hermana, á la cual nos liga comunidad de ideas y de tendencias, sirviéndonos de guía el mismo estandarte, y de aguijón el mismo intenso patriotismo.

La osmerada impresión de *La Revista*, los materiales interesantes que contiene y los que irán sucesivamente apareciendo, la hacen acreedora á la protección de las personas estudiosas.

Damos la bien venida al colega, y sea todo en favor del progreso intelectual de la República y en beneficio de la juventud.